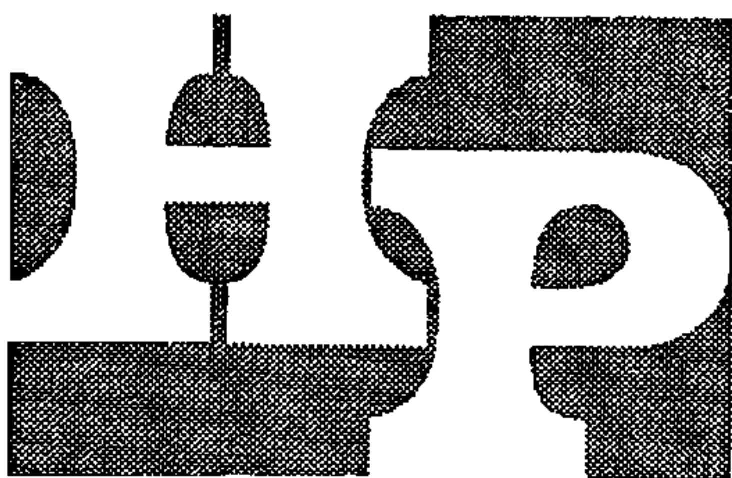


Silver Kane

LA HUELLA DE SATAN





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LA HUELLA DE SATÁN

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 105
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 44333-1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: enero, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

Cuando aquel jinete penetró en las tierras cálidas del maíz y del algodón, ante sus ojos fue extendiéndose un extraño paisaje de ruinas.

Casi todos los ranchos estaban destruidos o habían sido incendiados; las señoriales mansiones del Sur no eran ahora más que caricaturas de lo que en otro tiempo fueron; de las inmensas plantaciones no quedaba nada, excepto algún arado abandonado y algún caballo de labor muerto y pudriéndose al sol.

El jinete se detenía de vez en cuando, examinaba algún edificio y luego seguía adelante.

Siempre adelante.

Parecía como si un lejano viento le persiguiese, como si una voz le obligase a ir hacia el Sur, siempre más hacia el Sur, entre los campos castigados y las mansiones destruidas.

Por fin llegó a una población que tenía un nombre de reminiscencias indias. Se llamaba Naham.

Naham estaba situada a orillas de un riachuelo y era una población pequeña, quieta, mansa. Todas sus casas eran de madera, con elegantes porches, y estaban inmaculadamente pintadas de blanco. No había ni un cristal roto y no faltaba en las ventanas ni una cortinilla. Daba la sensación de que allí no se había conocido la guerra.

Cuando el jinete se detuvo a la entrada de la calle Principal, soplaba un vientecillo fresco desde la parte del río, y el cielo era tan azul y el clima tan agradable que el viajero pensó en lo delicioso que sería quedarse un buen rato allí, con el sombrero en la mano, contemplando aquella pequeña ciudad, la más bonita de todas las que había visto en Alabama.

Pero aquel misterioso viento que pareció haberle empujado a lo largo de todo su viaje, le empujó ahora también.

Descabalgó y amarró su animal a la barra del único hotel que había en la ciudad. El hotel tenía un nombre muy prometedor. Se llamaba El Reposo.

El viajero entró en el vestíbulo, y ahora, una vez puesto en pie, pudo verse su auténtica estatura. Era alto, tenía los hombros cuadrados, la cintura estrecha y la musculatura recia y poderosa. Había algo en sus gestos, en sus movimientos, que hacía pensar a cualquiera que lo viese: «Es un militar».

Sin embargo, el hombre iba vestido con ropas de vaquero, llevaba un revólver y un cuchillo y su sombrero, así como el pañuelo con que se cubría el cuello, estaban llenos de polvo.

En el vestíbulo del hotel había dos hombres. Uno era el dueño del establecimiento, el otro el alguacil de la ciudad.

Curiosamente, fue el alguacil el primero que se puso en pie, examinando de arriba abajo al recién llegado.

—¿Qué se le ofrece, joven?

Porque el viajero era joven. Probablemente no había cumplido aún los treinta años.

Se quitó el sombrero, y asomaron sus rebeldes cabellos rubios, que le cayeron en dos mechones sobre la frente.

—¿Es usted el dueño del hotel?

—No. Yo soy el alguacil. ¿No ve la placa?

—El sol de esa ventana me da en los ojos y no consigo distinguir bien… Pero es igual. Si usted, el alguacil, me pregunta, yo le contestaré. Quisiera darme un baño y alquilar una habitación.

—¿De dónde viene?

—De más allá de Kansas City.

—Eso está muy lejos…

—Y yo he hecho el viaje casi sin parar. Por eso me urgen tanto esa habitación y ese baño.

El dueño del hotel se puso en pie también ahora.

—Antes tendrá que darme su nombre.

—Mayor Alfred Jackson.

—¿Del…, del ejército nordista?

—Si no fuera así no daría mi grado militar. En efecto, mayor del Ejército del Norte.

La actitud de los dos hombres que le interrogaban cambió inmediatamente.

La expresión desconfiada de unos segundos antes fue sustituida por otra que reflejaba temor.

—¿Es que van a traer tropas aquí? —preguntó el dueño del hotel en voz baja.

Y el alguacil, añadió:

—Ésta ha sido siempre una población pacífica. Bastante sufrimos ya cuando los conquistadores pasaron por aquí. Usted quizá no lo sepa, pero aunque la ciudad se salvó de milagro, nuestros campos fueron completamente arrasados.

Jackson los miraba a los dos, con un codo apoyado en el mostrador de recepción.

—Ya lo he notado —dijo.

—Si ahora viniese una guarnición nordista, esto sería el caos —masculló el alguacil—. Demasiado sabemos todos cómo son los soldados después de una guerra. Aquí no habría ley.

—Y yo tendría el hotel lleno —dijo el dueño—, pero es seguro que nadie me abonaría la cuenta.

Jackson sonrió tranquilizadoramente.

—No deben inquietarse —dijo—. Aunque soy mayor del ejército nordista, he venido aquí en plan puramente particular. Ya ven que mis ropas son las de un simple vaquero.

—Es que casi todos los oficiales que han ido llegando al Sur lo hacían como adelantados de una unidad armada —dijo el alguacil —. Al menos ésa es nuestra amarga experiencia.

Jackson volvió a sonreír.

—Por mí pueden tranquilizarse. No estaré en Naham más allá de tres días.

El dueño del hotel se situó tras el mostrador y le tendió el libro registro.

—Firme, por favor… Podrá elegir la habitación que más le guste.

—¿Es que el hotel está vacío?

—Lo está, señor. Poca gente se dedica a hacer viajes con la bolsa repleta recién terminada la guerra.

Jackson miró el tablero con las llaves que estaba situado tras el hombre.

—En ese caso, y ya que puedo elegir —musitó—, me quedaré con la habitación número trece. Soy el tipo menos supersticioso que existe. Me gusta la trece.

El dueño del hotel tuvo un carraspeo. Sus ojos, que habían quedado repentinamente blancos, se desviaron para mirar al alguacil.

Éste avanzó dos pasos.

—La trece será la única que no podrá ser, amigo… La hemos elegido porque nunca la pide nadie.

—¿Y para qué la han elegido? —preguntó Jackson, entornando los ojos—. ¿Por qué no puede ser?

El dueño del hotel dijo, suavemente:

—Porque en ella hay un muerto.

CAPÍTULO II

La mujer miró el río desde lo alto de la colina.

Aquel río formaba numerosas curvas y se deslizaba mansamente entre lo que hablan sido espléndidos campos de algodón. Una de esas curvas abrazaba una pequeña ciudad de casas blancas que era visible desde lo alto. Había mucha vegetación allí, y la pequeña ciudad causaba la impresión de esos lugares paradisíacos que los pintores reflejan en sus lienzos.

—Debe ser muy hermosa —dijo la mujer para sí misma, en voz muy baja, mientras espoleaba el caballo.

Éste, a pesar de mostrar huellas de cansancio, emprendió alegremente aquel descenso que significaba para él la promesa de una buena comida y una cuadra.

Las calles de Naham se abrieron de pronto ante los ojos de la viajera, al doblar la curva del río. Eran tan blancas y limpias que nadie diría que la guerra había pasado por allí poco tiempo antes. Incluso en la pequeña iglesia tañía una campana, lo que contribuía a aumentar aquella extraña sensación de paz.

Pero semejante sensación fue rota rudamente por una voz que ordenó en aquel instante:

—¡Alto!

La muchacha, pues la que acababa de llegar a Naham no tendría más allá de veinte años, detuvo su caballo con un suave tirón de riendas, aunque no podía ver al que había dado aquella orden.

—En su silla lleva un rifle. Sáquelo suavemente y láncelo a tierra por el lado derecho.

Ella volvió levemente la cabeza.

—¿Qué es esto? ¿Un atraco a las mismas puertas de la ciudad?

—Calle y obedezca.

Ella no replicó. Hizo lo que se le ordenaba.

A continuación, la misma voz dijo:

—Ahora puede volverse.

Ella hizo uso de aquel permiso. Vio entonces a dos hombres que habían estado parcialmente ocultos entre la vegetación lindante con el río. Los dos eran jóvenes, usaban ropas vaqueras y empuñaban rifles de repetición último modelo.

—¿Tengo también que alzar los brazos? —preguntó ella.

—No es necesario.

—¿Quiénes son ustedes? ¿No creen que para hacer un atraco están demasiado cerca de la ciudad?

—No atracamos a nadie.

—Entonces, ¿qué pretenden?

El más alto de los dos hombres se adelantó un par de pasos, sin dejar de encañonarla.

—La guerra acaba de terminar —dijo, roncamente—, y ésta es una tierra vencida que ha sido saqueada por todas partes. Nuestra ciudad ha escapado de milagro y no queremos que nadie venga a destruirla.

Ella sonrió levemente, con expresión de burla.

—Me hacen ustedes un gran honor… ¿Creen que soy lo bastante fuerte para destruir toda una ciudad?

—Usted no —dijo el mismo hombre—, pero sí los que la persiguen.

—¿Quién me persigue a mí?

—No lo digo como una afirmación —reconoció el mismo individuo—, sino que lo expongo como una hipótesis. Hay muchas mujeres que huyen de las tropas del Norte, y si usted lleva tras sus huellas a un grupo de soldados que sientan un especial interés por su pellejo, y ese grupo de soldados se afinca en nuestra ciudad, vamos a tener jaleo.

—Claro —dijo ella, con tono burlón—. Y eso es lo que ustedes no quieren.

—Desde luego que no.

—¿Por eso interrogan a todos los que van a entrar en la ciudad? ¿Son una especie de comité de recepción?

—Ha acertado, hermana.

La mujer se encogió de hombros.

—Pues hace poco, cuando estaba en lo alto de aquella colina, he visto a un hombre que llegaba a caballo también, por distinto camino, y no lo ha detenido nadie.

—Ese hombre se dirigía al hotel, y allí habrá encontrado al alguacil. Además, tal como están las cosas, son más peligrosas las mujeres que los hombres.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Está bien, ya han visto que no llevo ninguna jauría tras mis huellas. ¿Puedo seguir?

—Aún no nos ha dicho cómo se llama.

—Me llamo Ann.

—¿Y dónde va a hospedarse?

—En el hotel, desde luego.

El hombre que había estado hablando hasta aquel momento se inclinó, recogió el rifle que ella lanzara antes y lo devolvió a su dueña.

Al hacerlo, se acercó de modo que ella pudo mirarlo con más atención. Y vio enseguida que la mano que le ofrecía aquel rifle era una mano de sólo cuatro dedos.

—¿Algún accidente? —preguntó.

Lo hizo con naturalidad, y por eso se reflejó en su rostro un vivo estupor cuando él le arrojó casi el rifle por los aires, ocultando la mano inmediatamente.

—Tome —dijo—. ¡Y cállese!

—¿Es que he dicho algo malo? —preguntó ella—. Yo sólo le preguntaba por su de…

—¡Cállese!

El hombre parecía al borde de un ataque de nervios. Ella se mordió el labio inferior y decidió no hacer más preguntas. En cambio, fue él quien las hizo.

—Aún no me ha dicho a qué ha venido a nuestra ciudad.

—Pues… a una cosa muy sencilla y muy femenina.

—¿Sí?

—He venido a casarme.

Los dos hombres abrieron sus bocas casi a la vez.

—¿A casarse? ¿Con quién?

—Con un caballero llamado Linder.

Los dos tipos se miraron a los ojos. Y hubo en éstos una

expresión de pasmo, de estupor que no pasó inadvertida a la muchacha.

—¿Qué ocurre? —balbució.

Los dos hombres guardaron silencio unos instantes, como si les costara hablar. Al fin, uno de ellos, tras carraspear ruidosamente, farfulló:

—Siento decírselo, pero su novio está muerto, señorita.

—¿Muerto?

—Sí. Y podrá ver su cadáver en el hotel. Habitación número trece.

CAPÍTULO III

El hotel tenía un aspecto tranquilo, risueño y pacífico bajo el sol. Parecía uno de esos lugares donde uno sueña pasar sus vacaciones, pero la muchacha que descabalgó ante el porche no tenía aspecto de ir a divertirse.

Ann —pues la muchacha no era otra— penetró en el vestíbulo y se dirigió hacia el dueño, que estaba tras el mostrador.

—Quisiera ver al señor Linder —expuso, no dando crédito aún a lo que habían dicho unos minutos antes.

El dueño del hotel carraspeó.

—El señor Linder… El señor Linder…

El alguacil, que estaba sentado en una zona de sombra, se puso en pie y avanzó hacia la recién venida.

—¿Es usted pariente suyo, señorita?

—No, no lo soy… todavía.

—¿Cómo se entiende eso?

—Iba a ser su esposa. Dentro de muy pocos días iba a casarme con él.

—Vaya… Pues lo siento. De veras que lo siento.

Ahora fue el alguacil el que carraspeó, mientras la muchacha se ponía intensamente pálida.

—¿Qué ocurre?

—El señor Linder está muerto, señorita. Sabe Dios que no me gusta nada dar una noticia así, pero no tengo otro remedio. Si quiere ver su cadáver, está en la habitación número trece.

—¿Ha… ha muerto hace poco?

La muchacha tartamudeaba. Parecía haberse convencido ya de que la noticia que le dieron al entrar en la población era definitivamente cierta. Sus labios temblaron.

—Ha muerto hace apenas unas horas —informó el alguacil—. Por eso no ha sido enterrado aún.

—¿Su muerte ha… ha sido natural?

Ahora el alguacil carraspeó de nuevo.

—Más vale que lo vea usted misma, señorita. A uno le sabe mal hablar de esas cosas… Suba, por favor. Habitación número trece.

Ella, como un autómata, ascendió por las escaleras pintadas de blanco que el hombre le señalaba.

Había en el piso superior un largo pasillo también blanco, con varias puertas escrupulosamente limpias. La última de todas era la que tenía el número trece.

Ann empujó la puerta.

Y tuvo que ahogar un grito.

No era el aspecto del cadáver lo que hacía estremecer, pues la verdad es que Linder era un muerto presentable, si es que hay algún muerto que lo sea. Pero resultaba claramente visible el balazo en su sien izquierda.

La muchacha se llevó una mano a la boca y la apretó angustiosamente contra sus labios.

De modo que Linder no había muerto por causas naturales… De modo que lo habían asesinado…

Que no se trataba de un suicidio resultaba claro para cualquier persona medianamente entendida en armas, y Ann lo era. Si Linder se hubiera disparado él mismo aquel balazo en la sien, su piel hubiese aparecido ennegrecida por la pólvora, y ni aun lavándole bien la cara se hubiese esfumado enseguida aquella mancha. Además, un suicida, al dispararse a muy corta distancia, se habría levantado seguramente la tapa de los sesos, cosa que en este caso no había ocurrido. Indudablemente la bala que acabó con Linder había sido disparada con magnífica puntería, al menos a veinte metros de distancia.

La muchacha retiró vivamente la mano de su boca al oír un leve carraspeo a su espalda. Se volvió repentinamente.

Un hombre desconocido estaba ante ella… Era un hombre alto, fuerte, que vestía ropas vaqueras parcialmente cubiertas de polvo. Tenía el sombrero en las manos y sus cabellos semi rubios le caían en parte sobre la frente. Un revólver brillaba en el costado derecho.

—¿Quién es usted? —preguntó ella—. ¿El sepulturero?

—Todavía no.
—¿Qué hace aquí?
—Ocupo la habitación contigua y me ha parecido oír un grito ahogado o algo semejante. Por eso he venido. Sabía ya que aquí había un muerto.
Hizo una leve inclinación de cabeza, y añadió:
—Permítame que me presente. Me llamo Jackson.
—No puedo decir que me alegre haberle conocido en estas circunstancias, señor Jackson.
—¿Es usted pariente de…?
Ella se mordió el labio inferior.
—Era su novia. Íbamos… Íbamos a casarnos enseguida.
De una forma maquinal, Jackson paseó su mirada por el espléndido busto de Ann, por su suave cintura, sus redondas caderas y lo que era posible ver de sus piernas. Al cabo de un instante dejó de mirarla y dejó de pensar lo que estaba pensando, al recordar que después de todo, estaban en presencia de un muerto.
Pero ella lo notó.
—Más vale que se largue, señor Jackson —dijo.
—Lo haré, desde luego. No me gusta ver muertos… —musitó él —. Pero antes quisiera saber si puedo ayudarla en algo.
—No.
—Ahora que no va a casarse con ese hombre, ¿qué hará? ¿Viene usted de muy lejos?
—Eso no le importa.
—Desde luego —murmuró Jackson—, pero permítame decirle que por estos contornos las cosas no están demasiado bien para que viaje una mujer sola. Le convendría más tomar la diligencia que sale mañana, si es que no va a quedarse en la ciudad. Al menos iría acompañada.
Enseguida añadió, tras una leve pausa:
—Si necesita dinero…
—No necesito nada, gracias.
Jackson empezó a retirarse hacia la puerta, caminando de espaldas, sin dejar de mirarla.
—Siento haberla molestado —susurró—. De todos modos, si necesita algo, yo estaré en la habitación contigua.
Ella no le contestó. Avanzó un par de pasos hacia el cadáver y le

cruzó las manos sobre el pecho, para que quedara en una postura más digna o más piadosa.

Fue entonces cuando lanzó un nuevo grito, pero esta vez sin disimulos. Un grito de temor incontenible.

Jackson, que estaba ya a punto de cerrar la puerta, entró nuevamente y avanzó hacia Ann.

Siguiendo la dirección de sus ojos obsesionados, vio lo mismo que ella había visto. Algo que estaba, o mejor dicho que no estaba en la mano del muerto.

Porque a ésta, a la mano derecha, le faltaba un dedo.

Un dedo que había sido cercenado por una bala.

CAPÍTULO IV

Jackson masculló:

—¿Qué le ocurre?

—Ésa… mano.

—No veo que tenga nada de especial. Le falta un dedo, ¿y qué? Puede haber sido un accidente.

—Él tenía la mano completa… la última vez que nos vimos.

—Ya le he dicho que pudo haber sufrido un accidente.

—Es que a la entrada de la población…

—¿Qué ha ocurrido a la entrada de la población?

—Me han detenido dos hombres durante unos minutos. Y a uno de ellos también le faltaba un dedo en la mano derecha.

—Pura casualidad —dijo Jackson.

Y la verdad era que estaba bien convencido de lo que decía. No le veía a aquello nada de particular.

—Uno no debe preocuparse por un dedo —susurró—. Mientras no le vuelen la cabeza… —Es que aquel tipo se puso muy nervioso cuando yo comenté por casualidad lo de esa mutilación.

—No tiene nada de particular. A nadie le gusta que le hablen de cosas así —opinó Jackson.

Luego, como la mujer parecía haberse humanizado mucho después de lo que acababa de ver en el cadáver, Jackson ofreció de nuevo:

—Ya sabe que estoy en la habitación contigua por si me necesita. Y un consejo, si quiere hacerme caso: No permanezca a solas con el cadáver durante demasiado tiempo.

Ella se volvió y le miró duramente otra vez, con un destello casi inhumano en sus quietos ojos grises.

—¿No le parece que está haciendo demasiadas cosas para

conquistarme, señor Jackson? ¿Cree que es elegante hacer todo eso cuando todavía está caliente el cadáver del hombre a quien amé?

Jackson movió la cabeza negativamente.

—No, desde luego no lo es —susurró—, pero está usted cometiendo una equivocación, hermana… Yo no intento conquistarla por la sencilla razón de que ya tengo conquistada a otra mujer. He venido aquí precisamente para poder verla.

En los ojos de Ann hubo ahora un leve destello burlón.

—¿Sólo por una mujer ha hecho un viaje tan largo? Sus ropas están cubiertas de polvo y no parece usted muy descansado, que digamos.

—Pues, en efecto, lo he hecho sólo por una mujer.

—¿Puedo saber quién es?

—¿Es que no me cree?

—No…

—Vaya, veo que he tenido poco éxito con usted —susurró Jackson—. Está bien, le diré el nombre de esa muchacha, se llama Ketty.

—¿Ketty qué?

—Ketty Bradford.

Ann tuvo una sacudida, e inmediatamente sus ojos lanzaron un destello de incredulidad.

—Está usted loco —dijo con voz ronca.

—¿Por qué?

—Ketty Bradford no se enamoraría nunca de un tipo como usted, que tiene aspecto de vagabundo.

—¿Es que la conoce?

—Claro que sí. Sé lo orgullosa que es. Todo el mundo lo sabe, porque Ketty pertenece a una de las familias más ricas y poderosas del Sur, es una de esas familias que nunca se someten a nadie. Ella se enamoraría de un príncipe, no de usted.

Jackson sonrió suavemente.

—Pues lo siento, pero en esta ocasión, si Ketty es orgullosa, va a tener que tragarse su orgullo.

Ella alzó el mentón, mientras le desafiaba con los ojos.

—¿Sí? ¿Es que la conoce usted? ¿Qué clase de poder tiene sobre esa muchacha?

—Sencillamente uno —dijo Jackson—. Me la han vendido.

Y volvió bruscamente la espalda, saliendo de la habitación.

CAPÍTULO V

La casa era fastuosa, y ocupaba el centro de un inmenso jardín donde en otro tiempo debieron crecer toda clase de flores. Pero ahora estaba descuidado, inculto, y la maleza se había apoderado de él. Incluso el arroyuelo que en otro tiempo debió pasar por su centro estaba completamente seco.

Jackson, desde lo alto de su caballo, contempló la casa.

Empezaba a anochecer, y los contornos del edificio iban haciéndose borrosos poco a poco… No obstante, distinguía lo suficiente para ver que la artillería había derrumbado parte del porche y que toda la fachada principal estaba acribillada por los picotazos de las balas de fusil. A muchas de las ventanas les faltaban cristales.

Sin embargo, la casa seguía siendo hermosa. Incluso podía decirse que era más hermosa ahora que antes, porque los daños causados por la guerra no hacían más que destacar la perfección de sus líneas, la esbeltez de su arquitectura.

Todos los campos circundantes, inmensas plantaciones de maíz y de algodón, estaban abandonados también. No se veía a nadie cultivando la tierra, que debió ser fabulosamente rica en otro tiempo.

Jackson avanzó a poca velocidad hasta el porche de la casa y descabalgó allí, amarrando al animal a la barra que estaba situada frente a la fachada.

El crepúsculo estaba terminando ya por completo. Los campos iban llenándose de sombras, y la casa adquiría poco a poco un extraño aspecto de tumba abandonada que crispaba los nervios.

Alguien apareció entonces, sin duda atraído por el ruido del caballo. Era un criado negro cuyo rostro se confundía con las

sombras.

—Diga, señor.

—Deseo ver a la señorita Ketty Bradford.

—¿De parte de…?

—Jackson.

El criado inclinó levemente la cabeza.

—Ella le está esperando, señor. Tenga la bondad de seguirme.

Jackson fue tras el criado negro. Después de la puerta comenzaba una soberbia estancia muy bien amueblada, pero cuyos cojines y tapices estaban rasgados a bayonetazos. De las magníficas lámparas sólo quedaban los pies, pues los cristales y adornos debían haber sido volados a balazos para distracción de los que ocuparon la casa.

Jackson dijo:

—Parece que hubo jaleo aquí, ¿eh?

—Los nordistas ocuparon esto tres días, señor, antes de seguir avanzando. ¡Pero qué tres días!

—¿Sufrió algún daño la señorita?

—No, ninguno. Sólo se cargaron los muebles.

Llegaron a una segunda estancia, que debió haber sido un suntuoso comedor en otro tiempo.

—¿Y el resto de la servidumbre? —preguntó Jackson.

—He quedado yo solo, señor.

—¡Vaya!

—Los otros huyeron.

—¿Es que los nordistas mataron a alguien?

—No, señor, pero la mayor parte de los sirvientes negros pensaron que aquello era la libertad y decidieron emigrar hacia el Norte. No sé qué tal les habrá ido; creo que muchos preferirán volver.

—Seguro.

Atravesado el comedor, llegaron a un salón donde se alineaban los cuadros sobre largos divanes tapizados de rojo. Parecía increíble aquel lujo en un lugar tan solitario, pero hubo un tiempo en que las familias del Sur pudieron gastar el dinero a manos llenas.

Y los Bradford habían sido los más poderosos.

Ketty estaba allí.

Al menos, Jackson supuso que Ketty sería aquella sombra

sentada en uno de los sillones, pues a pesar de sus muchas ventanas, la habitación estaba casi completamente a oscuras.

La noche lo había invadido todo. La casa, ya vacía, tenía un aspecto siniestro.

Aquella sombra se movió.

Una voz dulce, pero lejana, dijo:

—Buenas noches.

Jackson quedó un momento como sobrecogido, como anonadado ante la suavidad de aquella voz.

Era la voz más distinguida, más dulce y más educada que había escuchado en todos los días de su vida. Jackson pensó que una voz así sólo podía tenerla una millonaria del Sur como era Ketty.

Bueno, como lo había sido.

Porque ahora ya no le quedaba nada.

Ni siquiera su cuerpo.

El cuerpo de Ketty Bradford era algo que Jackson había comprado poco tiempo antes.

CAPÍTULO VI

Él dijo también:

—Buenas noches.

—Usted es el mayor Jackson, ¿verdad?

—En efecto.

—¿No quiere sentarse?

Jackson tomó asiento en uno de los lujosos divanes, a cierta distancia de la muchacha a la cual seguía viendo como una sombra.

—¿No convendría encender alguna luz? —preguntó, después de un leve carraspeo.

Ella contestó con la misma voz suave y lejana:

—Yo estoy bien así. ¿Y usted?

—Si usted está acostumbrada a la oscuridad, ¿qué puedo decirle yo? —musitó Jackson—. A mí me parece bien lo que a usted le parezca.

—Veo que es usted una persona muy educada, mayor.

—¿Me imaginaba de otro modo?

—La verdad es que no había pensado en ello.

—Tan poca importancia me concede, ¿verdad?

Ella no contestó.

Durante algunos segundos se hizo un espeso silencio entre los dos. Por fin, la mujer dijo:

—Yo sólo concedo importancia a las cosas que la merecen, y un militar del Norte es para mí poco más que un perro.

—Al menos es sincera.

—¿Y por qué no había de serlo?

—La riqueza de sus familiares le ha dado derecho a decir siempre lo que le ha venido en gana, ¿verdad? Usted es una orgullosa aristócrata del Sur.

—En efecto, señor Jackson. Vivo en una casa arruinada y me siento en muebles que han destripado las bayonetas de sus soldados, pero continuo siendo una aristócrata.

—En ese caso va a odiarme mucho cuando sepa para qué he venido, señorita Bradford.

—Se equivoca; ya lo sé.

—¿Sí?

—Mi padre me escribió.

Jackson, que iba a decir algo, cerró la boca casi de golpe. En el fondo le contrariaba que ella estuviera ya enterada de todo. Hubiese preferido decírselo él mismo, porque el decírselo formaba parte de su plan.

Pero se resignó.

—De modo que su padre le ha escrito… —dijo al cabo de unos instantes.

—Sí.

—Entonces, le habrá contado que usted es algo así como mi esclava.

—Sí.

—Y que puedo hacer con usted lo que quiera…

Ella repitió, roncamente:

—Sí.

Jackson respiró hondo.

Ahora se había acostumbrado en parte a la oscuridad y podía ver mejor a Ketty, que seguía tan quieta como antes. Podía ver que sus caderas eran redondas, que la línea de sus piernas era firme y torneada, que su busto era altivo y pujante. Podía ver, en definitiva, que se trataba de una mujer soberanamente hermosa.

Respiró hondo otra vez.

—Debo preguntarle si va usted a oponer resistencia, Ketty.

Ella no contestó.

Les seguía envolviendo la oscuridad, una oscuridad cálida y dulce, pero inquietante.

—Le advierto —musitó Jackson— que si usted me ha preparado una trampa, y que si cualquier pistolero me está acechando desde las tinieblas, sabré defenderme.

—No le he preparado ninguna trampa, mayor… Se ve que no me conoce. Debería saber que soy demasiado orgullosa para hacer una

cosa así.

—Lo prefiero.

—Hay algo que quisiera preguntarle de todos modos, señor Jackson.

—¿Por qué me trata con tanta ceremonia? ¿No sabe que dentro de poco vamos a tener relaciones… muy especiales?

—Nadie puede obligarme a tratarle de un modo determinado, señor Jackson.

—Está bien, guapa; como quieras.

La palabra guapa, dicha tan crudamente, hizo estremecer a la muchacha, que tuvo como una sacudida.

—Quiero preguntarle algo —repitió al cabo de unos instantes.

—Muy bien. ¿Qué es?

—Quisiera saber por qué mi padre accedió a una… a una canallada semejante.

—No tengo inconveniente en decírtelo —suspiró Jackson—, aunque en realidad puedes imaginarlo. Tú ya debes conocer a tu padre y debes saber que toda su vida ha sido un inútil terrateniente del Sur, de esos que compraban y vendían esclavos y dejaban que los otros trabajasen para él. Puede decirse que su frente nunca había derramado una gota de sudor, a no ser en las cacerías y en las fiestas que dabais durante las noches de agosto. Cuando vino la guerra le nombraron coronel porque llevaba un apellido ilustre y porque podía dar mucho dinero a la Confederación, aunque en realidad no entendía nada del arte militar. Sufrió varias derrotas y terminaron enviándolo al servicio de espionaje. ¿No sabías eso?

—Sí —dijo ella.

Parecía como si cualquier palabra, hasta la más simple, le costara un gran esfuerzo.

—En el servicio de espionaje tuvo bastantes fracasos —siguió diciendo Jackson—, pero el peor de todos fue el dejarse apresar vivo llevando encima la lista de todos sus enlaces. Tú sabes perfectamente que en todos los países, y en tiempo de guerra, a los espías se les fusila.

—Sí, claro que lo sé.

—Pues bien, yo fui el que detuvo a tu padre.

Ketty apretó los labios.

—No me dirá que él fue tan miserable como para tener miedo a

la muerte. No me lo diga porque no lo creeré.

—Más que a la muerte, tenía miedo al ridículo espantoso en que se encontraría cuando todos sus enlaces fueran detenidos y fusilados —siguió explicando Jackson—. Allí se jugaba, por culpa suya, la vida de más de veinte hombres. Fue entonces cuando me dijo que la guerra estaba perdida y que yo un día podría llegar hasta los rincones más recónditos del Sur.

—¿Y qué?

Ketty, que no había vuelto los ojos hacia él ni una sola vez, tenía las facciones tensas.

—Me habló de ti y, poco a poco, quizá sin darse cuenta, me hizo una proposición increíble. Si yo le devolvía a las filas sudistas y quemaba la lista de los enlaces, cuando terminara la guerra podría hacer contigo lo que quisiera. Me firmó incluso un documento. Ese documento, desde luego, no representaba nada ante la ley, pero hubiera sido una vergüenza terrible para él si llegaba a publicarse. De modo que no le quedaba más remedio que cumplir lo pactado. Su compromiso consistía en no decir nada a nadie, ocurriera lo que ocurriese contigo.

—Y usted aceptó…

En la tensa voz femenina palpitaba algo que no podía definirse.

—Sí.

—¿No pensó que yo sí que podía oponerme? ¿No se le ocurrió pensar que yo sí podría denunciarle?

—Desde luego —musitó Jackson—, pero tu mismo padre me advirtió que no lo harías.

Había en ti algo que lo impedía.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es ese algo?

—Tu orgullo de aristócrata del Sur. Jamás irías a pedir protección a las autoridades de los vencedores; jamás te inclinarías ante ellos suplicando ayuda. Sé que cuando lo que tiene que suceder suceda, tú te callarás o me matarás tú misma, pero jamás irás a inclinarte ante nadie.

Ella apretó los labios.

Se oía su respirar tenso, afanoso, en medio de la suave capa de tinieblas. Se veían sus manos temblar encima del regazo, donde se unían las líneas enloquecedoras de sus piernas.

—Hay una cosa que no entiendo, señor Jackson —dijo al cabo

de unos instantes.

—¿No?

—No, desde luego hay una cosa que no entiendo. Porque supongo que en otro tiempo usted fue un hombre de honor —dijo Ketty, lentamente—. Supongo que en el Ejército le enseñaron a respetar a los vencidos y a no abusar de las mujeres. Afortunadamente, hay un código sagrado del oficial que supongo que usted respetó un día. ¿Cómo llegó entonces tan bajo al aceptar la infame proposición de mi padre? ¿Cómo pensó que un hombre que un día fue decente podía comprar una mujer honrada como se compra una mercancía?

—Vosotros también comprabais esclavos —dijo lentamente él—. Y esclavas. Todas ellas eran mujeres honradas; no había ninguna que no lo fuera. Y las que parecían bonitas a los ricos señoritos del Sur, iban sin excepción a adornar su lecho.

Ella movió la cabeza lentamente, de un lado a otro, como si negara. Apretó los labios casi con desesperación.

—No. Estoy segura de que no lo hizo por eso, señor Jackson. Los del Sur cometimos un error y lo estamos pagando. Lo que usted dice es verdad y nos pesará siempre, pero estoy segura de que no me compró simplemente por esa causa.

Otra vez se produjo un pesado e intenso silencio entre los dos. Al fin, él movió la cabeza.

—No, no fue por eso —reconoció.

—Entonces, ¿por qué?

—Tú eres la mujer que más odio en el mundo, Ketty.

—¿Es que me conocía?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Nos conocimos antes de la guerra. Creí que al menos recordarías mi nombre, pero veo que eres tan orgullosa que ni siquiera eso ha quedado en tu memoria.

Ella apretó los labios todavía más, hasta que éstos casi desaparecieron en su rostro.

—¿Por qué me odias? —preguntó, sin darse cuenta de que ya no le trataba con ceremonia.

—Cierta vez, antes de la guerra, estuve trabajando en esta casa.

—¿Aquí?

—Sí. Yo era poco más que un muchacho y tú una criatura, eso sí, deliciosa, de dieciocho años.

Ella echó un poco hacia atrás la cabeza.

—Creo… Creo que lo recuerdo.

—Un día cometí la tontería de declararme a ti, Ketty. Te pregunté con toda sinceridad si querías ser mi mujer.

Ella no contestó. Sus labios seguían apretados.

En la suave oscuridad que los envolvía, su silencio se hizo angustioso por unos momentos.

—Voy recordando —dijo Ketty, secamente.

—Entonces recordarás también que tu respuesta consistió en cruzarme la cara de un latigazo.

—Sí.

—Y en hacer que tus capataces me arrojaran de tus tierras. Me dieron casi cincuenta latigazos antes de sacarme de los límites de tu propiedad.

—Eso no lo sabía.

—Por lo visto, fue la propina.

—También recuerdo lo de tu madre —musitó Ketty.

—¡Vaya! Veo que, en el fondo, tienes buena memoria. ¿Por qué no lo has recordado antes?

—Porque han pasado cinco años. Cinco años de tinieblas, de muerte y de horror. Cinco años en la vida de una mujer, pueden no ser nada y pueden ser toda una vida.

—Lo comprendo.

—Tu madre, que era de nuestras criadas, quiso seguirte —recordó ella a continuación.

—Sí.

—Nadie se lo impidió. Creo que marchó de nuestra propiedad. ¿Qué fue de ella?

—Tus capataces le propinaron también una buena tanda de latigazos para que aprendiera a educar a sus hijos.

—¿Qué… qué capataces hicieron eso?

—Uno se llamaba Sam y otro Rody.

—Yo lo ignoraba.

—Lo supongo.

—¿Qué fue de ella?

Ahora apretó los labios Jackson.

—Murió.

—¿A consecuencia de los latigazos?

—Sí.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—La enterré yo mismo.

—Lo… Lo siento.

—Supongo que diciendo «lo siento», quedas ahora como una princesa, señorita Ketty Bradford.

—Digo la verdad.

—Sin embargo, eso no te librará de la suerte que tú misma has buscado y que yo he soñado durante años.

—Es terrible… No ves en mí una mujer, sino un instrumento de tu venganza. No piensas en mi orgullo, sino en el tuyo. Cuando hagas conmigo… esa cosa horrible… no la harás porque yo sea bonita, sino porque… porque…

Jackson se puso en pie.

—Lo haré porque una maldita aristócrata del Sur no sirve para otra cosa.

—¿Serás capaz de…?

Él dijo, roncamente:

—Seré capaz.

Avanzó hacia ella. Sus pasos sonaron quedos y opacos en el silencio del salón. Sus manos temblaron entre las tinieblas.

—¿Qué edad tienes, Ketty?

—Veintitrés años.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy bonita?

—Me lo dijiste tú mismo… hace cinco años.

—Ahora lo eres mucho más.

Ketty no se había movido. No miró siquiera al hombre cuando los pasos de éste sonaron a su lado, cuando las pesadas botas casi rozaron los bordes de su falda.

Las manos masculinas cayeron de pronto sobre sus hombros. Los dedos de acero la alzaron a peso como si fuera una pluma.

Y unos labios ansiosos buscaron cruelmente su boca.

Pero el hombre no llegó a besarla, no llegó a apretarla más, no llegó ni siquiera a pensar hacerla suya en aquel entonces. De pronto la soltó, como si sus dedos hubieran quedado sin fuerzas.

Porque había visto los ojos de la mujer, sus ojos quietos,

espantosamente quietos.

Muertos.

Porque se había dado cuenta de que la mujer estaba ciega.

CAPÍTULO VII

Los brazos de Jackson cayeron pesadamente, sin fuerza, a lo largo de su cuerpo.

—¿Cuándo quedaste ciega? —preguntó, roncamente—. ¿O es una maldita trampa?

—¿Crees que alguien puede hacer trampas en una cosa así?

—Entonces, ¿cuándo quedaste ciega?

—Fue al bombardear los nordistas la casa. Una granada estalló demasiado cerca de mis ojos.

—¿Cómo no te dañó el resto de la cara?

—He cambiado la piel de mi rostro al menos tres veces —susurró ella—. Por fortuna, soy joven y las quemaduras en la piel se borran al cabo de poco tiempo, si no son profundas. Pero con los ojos es distinto. Si éstos sufren lesiones por quemadura, nadie los salva, a no ser un habilísimo cirujano, y aun así, es difícil.

—¿Qué te han dicho a ti?

—Que tal vez pueda ver de nuevo. Pero —hizo un gesto con las manos, abarcando lo que había a su alrededor—, ¿crees que valdrá la pena?

Jackson se sentía desarmado. Todo lo que había pensado hacer con aquella mujer, todo lo que había soñado durante los interminables años de la guerra, se esfumaba ahora como el humo. Él no podía hacer aquello con una mujer que no sólo era incapaz de defenderse, sino que ni siquiera podía verle.

Su respiración se hizo jadeante cuando dijo:

—Tendré que pensarlo mejor… ¡Esto ha sido tan inesperado! Pero tendré que acostumbrarme a esta idea.

—¿Quieres decir que no te atreves a hacer a una ciega lo que hubieras hecho a una mujer normal?

—Puede que sea eso. Pero es sólo la sorpresa… No te confíes, Ketty. Estoy seguro de que mañana las cosas me parecerán distintas, y entonces…

—Entonces harás lo que ahora te repugna en el fondo, ¿verdad?

—He dicho que no te confíes.

—No me confiaré.

—Ni huyas.

Ella lanzó una carcajada triste, lejana, que pareció una burla dirigida contra sí misma.

—¿Cómo voy a huir? Procuro tener las habitaciones a oscuras porque así todas las ventajas están a mi favor, pero ¿qué haría en los campos y montada en un caballo? No, desde luego no llegaría demasiado lejos. Por tanto, puede estar tranquilo, honorable señor Jackson, porque no pienso huir.

Ella se alejó hacia la puerta, caminando entre los muebles tan ágilmente como si pudiera verlos.

—Entonces, si me lo permite, iré a descansar —dijo con voz que parecía burlona—. Veo que aún me queda una noche de vida.

—Tal vez sea la última.

—¿Quiere que le preparen una habitación? Supongo que ha oído hablar de la hospitalidad del Sur, señor Jackson.

—Y he oído hablar también de la astucia del Sur —gruñó Jackson—. Supongo que en la cama de esa habitación estaría acostada una serpiente venenosa. No, gracias. Prefiero dormir aquí.

—Como quiera, señor Jackson… Hay unos divanes muy cómodos.

—Sé de sobras, Ketty —advirtió él—, que aquí puedes tener amigos… Estás en tu terreno, desde luego. Pero si esta noche intentas algo, puede que tus amigos y tú lo lamentéis toda la vida…, si vivís.

—Duerma tranquilo y sin preocupaciones, señor Jackson. Por desgracia, no le quedan nunca amigos a una mujer rica que de repente se transforma en una mujer pobre. Y desapareció.

CAPÍTULO VIII

Jackson quedó todavía asombrado durante unos momentos, mientras veía oscilar la puerta por donde ella acababa de salir.

Todo aquello le parecía increíble, absurdo, como si no lo hubiera vivido él mismo.

A tientas buscó un quinqué y lo encendió.

La habitación pareció hacerse más inmensa, más rica. Los cuadros que colgaban de las paredes se hicieron altos y solemnes. Diríase que los personajes en ellos retratados acababan de cobrar vida.

Debían ser los Bradford, los orgullosos antepasados de Ketty, los hombres que un día dominaron el Sur.

A la luz vacilante del quinqué, Jackson paseó su mirada por ellos como el que la pasea por encima de las lápidas de un cementerio.

Había allí generales, mujeres enjoyadas, caballeros con chaleco blanco y cadena de oro colgándoles de los bolsillos…

«Basura —pensó Jackson—. La maldita basura que ha convertido el Sur en una tierra derrotada…»

Cuando él era más joven, cuando trabajaba en aquella casa, nunca le permitieron la entrada en los salones. Lo más que podía llegar era hasta el vestíbulo de la mansión, y jamás puso los pies en las habitaciones interiores, mucho menos en las que estaban destinadas a recibir a los visitantes de categoría. Era, pues, la primera vez que entraba en aquel inmenso salón donde se alineaban los antepasados y donde en otro tiempo debieron celebrarse las solemnes fiestas.

Terminó dejando el quinqué sobre una mesita y buscando con la mirada un lugar donde pasar la noche.

El largo diván que había adosado a una de las paredes del fondo le pareció bien. Era mullido y tenía un aspecto confortable. Además, no estaba cerca de ninguna ventana y ninguna puerta, por lo que podía considerarse el sitio más seguro de la habitación.

Jackson únicamente se desabrochó el cinto y la camisa, no quitándose ni siquiera las botas. Dejó el cinto con el revólver muy al alcance de su mano y se tendió en el diván.

No apagó la luz. Sabía que si Ketty intentaba algo contra él, aquella muchacha ciega tendría en la oscuridad su mejor aliada. Era conveniente que al menos él pudiese verla.

Puso las manos cruzadas bajo la nuca e intentó dormir. Pero el sueño no acudía a sus ojos. Cuanto más intentaba cerrarlos, más se le aparecía la imagen de aquella muchacha de la que tanto había ansiado vengarse y a la que, sin embargo, no se había atrevido a tocar.

También se le apareció la imagen del hombre muerto en la habitación número trece del hotel. El hombre a quien faltaba un dedo en la mano derecha.

Pero ¿por qué pensar en eso? ¿Qué le importaba a él, al fin y al cabo?

Fue entonces cuando todo su cuerpo sufrió una sacudida.

¿Qué era lo que se dibujaba sobre su cabeza, a la distante luz del quinqué? ¿Qué era lo que había allí, sobre el diván mismo?

Jackson se incorporó de un salto y lo miró fijamente, con los ojos entrecerrados.

Era un cuadro, un cuadro como los otros.

Sólo se diferenciaba en que no representaba a un personaje, sino a una imagen del diablo.

Un diablo al que faltaba un dedo en la mano derecha.

Capítulo IX

Jackson tardó más de una hora en dormirse después de ver aquel extraño cuadro.

¿Qué podía significar? ¿A quién le podía gustar tener un retrato del diablo en su propia casa?

¿Y por qué a aquel diablo le faltaba precisamente un dedo de la mano derecha?

¿Qué relación podía haber entre eso y el muerto de la habitación número trece?

Seguramente ninguna.

Jackson, que era un hombre práctico, acostumbrado a la guerra y poco dado a las imaginaciones, terminó diciéndose que todo aquello era pura casualidad.

Por fin consiguió dormirse, pensando que al día siguiente ya preguntaría a Ketty qué significaba aquello.

A pesar de tener al diablo justo encima de su cabeza, la verdad es que Jackson durmió como un bendito.

Por lo menos hasta las dos de la madrugada.

Fue entonces cuando creyó oír aquel ruido en la ventana, aquel rumor suave que era apenas como el deslizarse de una sombra.

Bruscamente, con ese instinto de los hombres acostumbrados a la lucha, Jackson se incorporó.

En el primer instante tuvo la sensación de que no había abierto aún los ojos, pues la habitación estaba completamente a oscuras.

Más tarde, sólo fracciones de segundo más tarde, se dio cuenta de que en realidad lo que ocurría era que alguien había apagado el quinqué.

A tientas buscó el revólver, mientras miraba hacia una de las ventanas, por la que ahora entraba tenuemente la claridad de la

luna.

Esa luz proyectó una sombra en la pared blanca. Fue una visión que duró apenas unos instantes, como un parpadeo.

La sombra de una mano abierta que sólo tenía cuatro dedos.

Jackson fue a saltar hacia adelante, a pesar de que no había encontrado aún su revólver, pero en ese momento algo pesado, duro y macizo se abatió sobre su nuca.

Aún intentó luchar, a pesar de que su vista se nublaba, pero aquel objeto se abatió de nuevo sobre él, rabiosamente.

Jackson cayó a tierra sintiendo que la oscuridad giraba en torno suyo como en una pesadilla.

No supo cuánto tiempo había permanecido así, sin conocimiento. Seguramente varias horas, porque cuando despertó ya empezaban a insinuarse por las ventanas las primeras luces del alba.

Se palpó la nuca, que le dolía horriblemente. Y le bastó el leve contacto de su mano para retirarla empapada de sangre.

Desde luego, le habían atizado bien. Incluso era posible que lo hubiesen dejado por muerto.

Intentó ponerse en pie, y no lo consiguió al principio. Sentía náuseas y tenía la impresión de que iba a volver a caer de un momento a otro. Por fin, apoyándose en los muebles, fue reaccionando y dándose cuenta de la situación.

Su revólver con el cinto estaba en el suelo, bastante lejos de donde él lo pusiera.

Una de las ventanas estaba abierta. Por ella penetraba el vientecillo fresco del amanecer.

Jackson empezaba ya a decirse que no entendía absolutamente nada de todo aquello cuando creyó oír unos gemidos apagados que venían de su derecha.

Escuchó.

Eran unos gemidos de mujer, y llegaban hasta él muy ahogados porque la mujer no estaba allí, sino en otra habitación. Estaba más allá de las paredes.

Jackson abrió una puerta, ascendió unas cortas escaleras y se encontró de repente en el dormitorio de Ketty.

Estaba sobre el lecho, llorando. Su cuerpo aparecía cubierto de sangre. Debían haberla golpeado bárbaramente antes de dejarla.

Pero no fue eso lo que más impresionó a Jackson. Ni fue tampoco su llanto desesperado.

Lo que más le impresionó fue el desorden espantoso de sus ropas, fue el adivinar que la muchacha había sido violada.

CAPÍTULO X

Ella, guiándose por el sonido, movió hacia él unos ojos que no le veían, unos ojos vacíos y opacos.

—¡Váyanse! —gimió con desesperación—. ¡Váyanse! ¿No han hecho ya bastante?

Él susurró:

—Yo soy Jackson, señorita.

Se dio cuenta instantáneamente de dos cosas De que la trataba con mucho respeto y de que su voz le había salido ronca.

Ella se estremeció:

—Jackson…

—Yo mismo.

—Creí que, al menos, era usted un pistolero —dijo ella, con voz donde palpitaba el desprecio—. Estaba segura de que era un granuja, pero pensé que al menos servía para matar.

—¿Matar?

—Podía haberme defendido con su revólver.

Jackson se mordió el labio inferior.

—Han empezado por atizarme a mí, muchacha. Si me vieras te darías cuenta de que estoy cubierto de sangre, y pienso que es posible que me hayan dejado por muerto. Pero lo que nunca me perdonaré es que me hayan cogido por sorpresa, como a un niño.

Ella se cubrió instintivamente con las ropas del lecho, dándose cuenta de que el hombre podía verla. Pero en su gesto hubo una desesperanza tal que Jackson sintió como una sacudida.

—¿Quién ha sido? —Gruñó.

—Ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—¡Déjame! —gimió ella—. ¡No necesito hablarte de eso!

¡Déjame!

Jackson sentía que el revólver quemaba en su mano derecha. La culata le hacía daño, como si estuviera al rojo.

—¿Quiénes son ellos? —rugió.

—¡No te importa! ¡Al fin y al cabo hicieron lo mismo que tú pensabas hacer!

Jackson se estremeció.

Pensó ahora fríamente si él hubiera sido capaz de obtener algo de Ketty por la fuerza. Y, viéndola así, destrozada, humillada y vencida, se dijo con toda sinceridad que él no hubiera sido capaz de hacerlo. Su venganza le pareció muy natural y muy lógica cuando luchaba en la guerra y pensaba en la humillación que sufrió un día o cuando pensaba en su madre muerta. Pero se daba cuenta de que él no hubiera sido capaz de destruir a Ketty así. Hay mucha diferencia entre pensar una cosa y hacerla. Jackson se dijo que, al oír el primer gemido de la mujer, él ya hubiera tenido que soltarla.

Pero aquellos desconocidos, los que Ketty llamaba ellos, no lo habían hecho. Ellos habían abusado de Ketty hasta que ésta fue como una cosa muerta en sus manos.

Por eso, Jackson insistió:

—¡Dime sus nombres!

—Es inútil. Nada conseguirás. Además, no es ésta la primera vez que lo hacen.

Jackson se quedó con la boca abierta.

—¿Que no es ésta… la primera vez?

—No.

—Entonces…

—Ya han venido dos veces más.

Jackson sentía que una cosa subía y bajaba en su garganta, impidiéndole respirar.

—Entonces, cuando anoche hablamos…, tú…, tú ya no eras una muchacha.

—No.

Los ojos de la mujer parecían haberse secado. Ahora estaba rígida, quieta como una estatua.

Jackson celebró que ella no pudiese ver la expresión de odio terrible que ahora había en su rostro.

De modo que no había sido una vez, sino tres… De modo que

aquellos tipos, quienes fuesen, tenían a la muchacha como una víctima continua.

—¡Sus nombres! ¡Quiero sus nombres!

—No los he visto nunca.

—¡Pero debes saber algo! ¡Al menos habrás oído sus voces!

—Eso no significa nada.

—Los… Los habrás tocado.

Jackson se estremecía a cada nueva frase. Sentía que sus manos temblaban, excitadas por el odio.

Ella musitó:

—Sí. Los… Los he tocado.

—¿Cómo eran? ¡Habla!

—Uno de ellos tiene una cicatriz en la cara. Una cicatriz en la mejilla izquierda.

—Ya es algo. No debe haber muchos tipos aquí con cicatrices en la cara. ¿Qué más?

—No sé más.

—¿Cuántos son?

Ella se estremeció, sin contestar, mientras se mordía el labio inferior desesperadamente.

—¡Al menos sabrás cuántas bestias son las que han abusado de ti! —gritó Jackson, brutalmente.

Ella se mordió los labios nuevamente.

—Tres —dijo al fin.

—De modo que tres tipos, uno de los cuales tiene una cicatriz en la mejilla izquierda.

—¿Qué vas a hacer?

—Algo muy sencillo: Buscarlos y luego proporcionar a cada uno de ellos un ataúd a medida.

Ella lanzó de pronto una carcajada ronca, amarga, que pareció romperse en su garganta. Sus manos temblaron.

—¿Te das cuenta de lo que dices, Jackson?

—¿Qué es lo que digo y que te hace tanta gracia?

—Me estás defendiendo…

Jackson echó la cabeza atrás y cerró un momento los ojos, como aturdido por la verdad de aquella afirmación. Lo que le hubiera parecido imposible y absurdo la noche anterior estaba sucediendo: Él iba a jugarse la piel por defender a la mujer que más odiaba en el

mundo. De pronto, sintió deseos de reír y maldecir al mismo tiempo.

—No te defiendo a ti, sino que liquido a unos malhechores que podrían hacer esa canallada con cualquier otra mujer —dijo al fin —. Pero explícame qué más sabes de ellos.

—Ya te lo he dicho: nada.

—¿No se dan ningún nombre al hablarse?

—Apenas hablan. Deben comprender que yo no puedo verlos, y no quieren dejar la pista que podría significar su voz.

—Pero algo habrás notado…

La muchacha se llevó las manos a los ojos, mientras caía sobre el lecho, dominada por un llanto crispado.

—¡No he notado nada! ¡Nada! A no ser que…

A Jackson se le tensaron los músculos del cuello.

—¿Qué…?

—Dos de ellos llevan espuelas. El tercero, no.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el ruido que hacen al andar.

—¿Tienes idea de dónde vive esa gente? Todo esto son campos arrasados y algún bosquecillo. No hay muchos sitios donde esconderse.

—No tengo idea.

—¿Vienen siempre de noche?

—Siempre.

Jackson encajó bien el revólver en la funda, de un modo maquinal, sin darse cuenta de su gesto. Pero ella debió oír el suave ruido que produjo el metal al resbalar sobre el cuero.

—¿Has limado ya el punto de mira de tu revólver? ¿Estás convencido de poder sacar con rapidez?

—¿Por qué?

—No olvides que ellos son tres.

—Me he enfrentado otras veces a alimañas semejantes.

—Pero tendría gracia una cosa, Jackson.

—¿Sí?

—Tendría gracia que te mataran por mí. Por mí precisamente.

Él no contestó. Salió de la habitación dando un portazo, dejando a Ketty sola con sus pensamientos.

Al atravesar de nuevo el salón donde había dormido, vio otra

vez el cuadro representando al diablo. Aquel extraño diablo a quien faltaba un dedo en la mano derecha.

Estuvo tentado de volver al dormitorio y preguntar a Ketty qué significa aquello, pero al fin siguió adelante, hacia la salida de la casa.

El cuadro quedó detrás suyo, brillante a la luz del amanecer, como una amenaza y como un enigma.

CAPÍTULO XI

Cuando Jackson llegó a la ciudad y entró en el único *saloon* que había en ella, acababan de dar las nueve de la mañana.

Demasiado temprano para encontrar animación en un sitio así. Las mesas estaban vacías, y las sillas se apilaban en un rincón, mientras un par de tipos aburridos terminaban la limpieza con unos largos palos terminados en cepillos.

El dueño debía ser uno de ellos. Dejó su palo apoyado en la pared y se acercó a la barra.

—¿Qué desea?

—Deme *whisky*. Una botella entera.

Cuando se la pusieron delante, Jackson bebió un trago capaz de derribar a un bisonte. Pero quedó tan sereno y tan frío como al entrar allí. Sus ojos grises y quietos parecían dos pedazos de roca. El dueño le miraba.

—¿Forastero? —preguntó.

—¿Se me ve en la cara, no?

—No se ofenda. Es que ahora viene poca gente por aquí. Cualquiera llama la atención enseguida.

—Yo he venido porque busco a alguien.

—¿Sí?

—A tres tipos.

—Hay por aquí muchos grupos de amigos que van de tres en tres. ¿En qué se puede conocer a los que usted busca?

—De los tres, hay uno que no lleva espuelas.

El dueño del *saloon* arrugó la nariz, mientras ponía los ojos en blanco como si eso le ayudara a recordar.

—Todos los hombres llevan espuelas aquí, amigo. Al menos, que yo sepa. Y hay quien no se las quita ni para dormir, como el tipo

que está arriba.

Jackson alzó la cabeza, y, en efecto, oyó los pasos de alguien por encima del techo de tablas. Alguien que debía estar en la habitación superior y que usaba unas sonoras espuelas.

—¿Quién es? —preguntó.

—Uno que se ha quedado con una de las bailarinas en un reservado. No había quien le hiciera bajar.

—Pues quizá ahora desaloje. Se le oye caminar hacia la escalera.

—Sí. Seguro.

En efecto, se oyeron inmediatamente las pisadas de un hombre que descendía pesadamente los peldaños. Detrás de él se oía el taconeo gracioso de una mujer. Jackson miró maquinalmente, por simple curiosidad masculina, para ver quién era la chica que descendía. Pero en lugar de eso, en su marco visual quedó dibujado el hombre.

El tipo de las espuelas.

Las facciones de Jackson quedaron tiesas un instante, y luego llenó otra vez su vaso de *whisky*.

El que descendía también le había visto.

Era un tipo alto, delgado, sinuoso, con las piernas arqueadas, en cuyo cinto brillaban dos «Colt».

Jackson alzó el vaso lleno hasta la altura de sus ojos.

—A tu salud, Sam.

Sam había quedado quieto, rígido, con las manos crispadas a la altura de las caderas.

—Ho… Hola, Jackson.

—Ya ves que brindo a tu salud, Sam. ¿Qué te parece?

Y Jackson dejó caer el *whisky* al suelo. El líquido resbaló por entre las tablas.

—¿Por qué haces eso?

—Porque tu salud va a durar mucho menos de lo que duró la salud de mi madre.

La chica que venía detrás lanzó un grito, y subió de nuevo las escaleras a toda prisa, con una portentosa exhibición de piernas. Pero Jackson no pudo fijarse en eso.

Vio sólo las manos de Sam volar hacia los revólveres.

Desde lo alto de la escalera, el de las espuelas aulló:

—¡Vas a seguir el mismo camino que…!

No llegó a terminar la frase. No llegó siquiera a tocar las culatas de sus armas.

Jackson disparó seis veces, sin sacar el revólver de la funda y sin pestañear siquiera. La cabeza de su enemigo desapareció por completo.

CAPÍTULO XII

El alguacil estaba allí.

Ketty lo notaba por el suave, casi imperceptible olor a *whisky* caro que sus labios despedían. Lo notaba también por su modo de andar un poco vacilante y tímido.

El alguacil entró en la habitación y se detuvo en el centro de ésta, frente a Ketty, que estaba sentada. La muchacha, gracias a sus oídos, conocía tan exactamente la situación del hombre como si pudiera verle.

—¿A qué ha venido aquí el representante de la ley? —suspiró—. ¿Acaso he matado a alguien, alguacil?

—Usted no, pero precisamente de muertos venía a hablarle.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a ese hombre, Jackson, que según parece vino a la ciudad por usted.

Ella apretó los labios.

—¿Y qué quiere saber, alguacil?

—Quiero saber precisamente a qué ha venido. Es decir, qué ligamen existe entre usted y ese hombre.

—Ninguno.

—¿Está segura?

Ella palideció un momento, mientras echaba la cabeza hacia atrás. Luego, bruscamente, sus facciones enrojecieron.

Sabía perfectamente por qué Jackson había venido allí. ¡Claro que lo sabía! El mismo se lo había dicho de la forma más brutal, más dura. ¿Y qué importaba que lo supiera el alguacil también? ¿Qué más daba ya?

—Existe un ligamen entre ese hombre y yo —dijo al fin—. Claro que no sé cómo calificarlo.

—¿Qué clase de ligamen?

—Él quiere hacerme suya.

—¿En qué sentido?

—Ponga usted en el peor, alguacil.

Las facciones del hombre se tensaron.

—¿Acaso ha intentado algo…?

—No, todavía no. Ni creo que lo intente. —Ketty volvió la cabeza a su posición normal—. Pero ¿por qué me pregunta todo eso, alguacil? ¿Qué ha ocurrido?

—Él ha matado a un hombre. Un hombre llamado Sam, que hace tiempo fue uno de los capataces de las tierras de usted.

Ketty apretó los labios.

—Lo sospechaba —musitó.

—Pero no es eso lo peor —musitó el alguacil.

—¿No?

—Tengo la sensación de que busca a otros hombres. Después de matar a Sam ha estado haciendo preguntas por la ciudad. Incluso preguntas raras, diría yo. Por ejemplo, le interesa saber si hay algún tipo en la población que no use espuelas.

Ketty se estremeció. Se estremeció visiblemente.

—¿Qué le pasa? —preguntó el alguacil.

—Nada. Ha sido… una tontería. Pero ¿por qué no lo ha detenido, si como dice ha matado a un hombre?

—No puedo negar que ha sido en duelo —masculló el agente—, y eso me coloca en situación algo difícil, aunque sin duda podría detenerle. Pero antes he querido consultar con usted. Me ha parecido mejor preguntarle qué es lo que sabe en realidad de ese hombre.

—No mucho. Ya le he expuesto lo que hay en realidad. Él me desea, pero no creo que se atreva a nada.

—Si se atreviera, quiero recordarle una cosa.

—¿Que la violación está castigada con pena de muerte?

—Eso es. Y que aplicaríamos esa pena sin vacilar al que se atreviese a violar a una ciega.

Ella volvió a apretar los labios.

—No hay cuidado, alguacil.

—Si algo necesita, envíeme a su criado. Yo me plantaré aquí en sólo cinco minutos, no lo olvide.

—No lo olvidaré, alguacil.

El hombre llegó hasta la puerta, y ella fue siguiendo uno por uno sus movimientos como si pudiera verle.

Antes de que el alguacil saliera, Ketty musitó:

—Gracias.

El alguacil traspuso el umbral, después de envolverla en una intensa mirada. No podía negar que siempre le había gustado aquella chica, y que le seguía gustando, a pesar de su defecto, a pesar de que estuviera ciega. Tendría que liquidar a aquel maldito Jackson si se atrevía a tocarle un solo pelo de la ropa.

Cuando él hubo marchado, Ketty se puso en pie.

Parecía una estatua fina, elegante, distinguida, y se movía con facilidad, a pesar de su ceguera.

Ella sabía lo que pensaba el alguacil. Había notado la mirada del hombre posándose sobre su cuerpo como si ella misma tuviera ojos.

Y sabía que él estaba dispuesto a matar a cualquiera que le tocase un solo pelo de la ropa.

Pero el alguacil ignoraba que eso ya había ocurrido. Ignoraba que tres hombres la habían ultrajado uno tras otro, la habían vencido, la habían hundido hasta los últimos abismos en que se puede ver hundida una mujer.

Mientras caminaba por los salones vacíos, Ketty parecía una estatua palpitante, una muñeca de carne, una tentación hecha realidad.

Llegó al salón donde había dormido Jackson aquella noche.

Y fue directamente al diván donde él había descansado. Fue hasta el cuadro de Satanás al que le faltaba un dedo de la mano derecha.

Tocó el cuadro. Pareció acariciar aquella mano.

Y luego la muchacha se retiró poco a poco, vacilando.

Había en su rostro una expresión de desaliento, una invencible expresión de angustia.

El alguacil, al salir de la casa, atravesó la verde y descuidada extensión que antes había sido jardín y puso el pie izquierdo en un estribo de su caballo, que haraganeaba junto a un árbol.

Fue a izarse a la silla, y en aquel momento sintió un choque en su espalda.

No se dio cuenta de que era una flecha envenenada. No se dio

cuenta de que la muerte acababa de llegar silenciosamente hasta el fondo de sus venas.

Cayó hacia atrás, de espaldas, sin lanzar un gemido. Al caer, la flecha se le clavó todavía más, hasta hundirse completamente entre las costillas.

El alguacil murió casi al instante, tras patear inútil y silenciosamente hacia el aire durante un par de segundos.

Entonces alguien se acercó a él. Le dio la vuelta y una mano le arrancó la flecha. Una mano a la que faltaba un dedo.

CAPÍTULO XIII

Ketty notó la presencia de aquel hombre en la sala. La notó incluso antes de que su sentido del oído, que era el más desarrollado, percibiera el menor rumor.

Supo que Jackson estaba allí.

Como si la violencia y la muerte le acompañaran siempre, Jackson olía misteriosamente a pólvora.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella—. ¿No te has tropezado con el alguacil al salir?

—No, no le he visto.

—¿Ni su caballo?

—Me ha parecido oír un rumor de cascos perdiéndose en la lejanía, pero no estoy seguro.

—Entonces debe haberse marchado ya —dijo ella, como en un suspiro.

—¿Por qué lo preguntas?

—Él ha estado aquí. Dice que has matado a un hombre. Que has acabado con Sam.

—Te ha dicho la verdad.

—Supongo que el turno le corresponde ahora a Rody… —No te equivocas.

Ella parpadeó, a pesar de que no podía verle.

—Has venido a esta ciudad sólo para matar.

—Te equivocas. También he venido para besarte.

Ella se estremeció. Se estremeció entera, violentamente, como si le hubieran propinado un golpe.

—¿Por qué no lo haces? —susurró.

—Otros lo han hecho por mí —contestó, roncamente.

Ella se sentó en el diván. Lo hizo con lentitud, con angustia,

mientras todo su cuerpo se estremecía aún. No se dio cuenta de que el vestido demasiado estrecho marcaba la línea palpitante de sus piernas.

Él se quedó apoyado en una de las jambas de la puerta, contemplándola. Ketty no pudo ver que los ojos del hombre brillaban quietamente.

—¿Qué hacías junto a ese cuadro? —preguntó de repente—. ¿Por qué lo tocabas?

—Quería saber si aún estaba aquí.

—¿Había alguna razón para que no estuviese?

—Es un cuadro que no me gusta —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Cierto que no puedo verlo, pero sé que está ahí y sé también que representa a Satanás. A nadie le gusta tener al diablo en su propia casa. Por eso lo he vendido.

—¿Lo has vendido?

—Sí. Y cualquier día vendrán a recogerlo. Por eso he tenido el impulso de comprobar si se lo habían llevado ya.

—Comprendo.

Ella entrelazó los dedos sobre el regazo, mientras los movía nerviosamente sin darse cuenta.

—El alguacil también me ha dicho alguna cosa.

—¿Cuál?

—Me ha dicho que buscas a un hombre que tiene la costumbre de no ponerse espuelas.

—Es posible.

—Quieres matarlo, supongo.

—Es posible —repitió él.

—Jackson… ¿Matarías por mí? ¿Matarías por la mujer a la que más odias en el mundo?

Él apretó los labios. Los apretó tanto que se hizo daño. Pero ella no podía ver la extraña expresión de su rostro.

—No he venido a hablar —dijo de pronto, con voz ronca—. No he venido a contemplarte tampoco. Sólo quería decirte que Sam está muerto y que ahora buscaré a Rody.

—¿Y buscarás también al hombre que no lleva espuelas? ¿Buscarás a sus compañeros para llenar tres ataúdes?

Jackson dijo, roncamente:

—Sí.

Y salió de la habitación poco a poco, sin volver a mirarla.

CAPÍTULO XIV

Jackson salió al porche, como poco antes había hecho el alguacil, y respiró el aire quieto. Todo estaba tan tranquilo allí como en un auténtico jardín. La calma típica de las viejas mansiones del Sur parecía rodearlo todo.

Jackson fue hacia su caballo.

En una zona cercana a la casa le pareció advertir que la hierba estaba aplastada, como si por encima de ella hubiera sido arrastrado un cuerpo. Se inclinó y miró con más atención.

Sobre los tallos de hierba vio un debilísimo rastro de sangre.

Con todos los nervios en tensión, Jackson lo fue siguiendo, pero el rastro cesó al llegar a unos arbustos mucho más espesos. Más allá no había nada, excepto una zona de algodonales donde ni siquiera era posible seguir el rastro de un caballo.

Preocupado, con una arruga vertical marcándose en su frente, Jackson volvió hacia la casa, muy cerca de la cual seguía haraganeando su caballo.

Sabía que no iba a poder averiguar más. Incluso era posible que aquel rastro de sangre procediese de algún animal herido. Eso resultaba incluso lo más probable, puesto que la sangre era fresca y él no había escuchado ningún disparo ni ningún grito.

Inadvertidamente, mientras se disponía a montar, sus ojos fueron hacia el porche de la casa.

Allí, en las tablas inferiores, se marcaban unas huellas, o más bien unas rozaduras. Alguien que se había sentado sin cuidado había rozado las tablas con sus espuelas.

Las marcas correspondían en la madera a las espuelas de dos hombres, pero sobre la tierra fresca se marcaban las huellas de tres.

O el tercero se había sentado con más cuidado, o no llevaba

espuelas.

Y las marcas estaban bajo la ventana de Ketty, desde donde ésta tuvo que oír a los tres hombres.

¿Por qué, entonces, no había pedido socorro? ¿Por qué consintió que ellos hiciesen lo que hicieron?

La arruga vertical en la frente de Jackson se hizo más profunda, más densa.

Montó a caballo.

Y en aquel instante escuchó una voz a su espalda.

CAPÍTULO XV

—Parece muy pensativo, señor Jackson.

Jackson se volvió lentamente. Había reconocido la voz de Ann, la muchacha a la que conoció en la habitación número trece del hotel de Naham, cuando ella se encontró con un novio muerto y al que, además, faltaba un dedo de la mano derecha.

Ann, en efecto, estaba allí. Vestía de amazona, aunque las ropas muy ceñidas marcaban intensamente las rotundas formas de su cuerpo. Montaba un caballo pinto de magnífica estampa, el cual no parecía cansado. Daba la sensación de haber llegado en un paseo hasta allí.

—Hola, Ann. Me sorprende verla.

—¿Por qué?

—Creí que habría marchado usted de la ciudad. Me dijo usted misma que ya no tenía nada que hacer en ella.

—Eso es cierto.

—Entonces, ¿por qué se ha quedado?

Jackson, montado en su caballo, emparejó éste con el de Ann. Quizá sin darse cuenta emprendieron el regreso a través de los inmensos algodonales, alejándose de la casa.

—Quiero vengar a Linder —musitó ella—. Linder era mi prometido; bueno, usted ya lo recuerda. Estoy segura de que lo asesinaron, y estoy segura también de que el culpable no puede andar lejos. Por eso me he quedado en Naham.

—¿Qué espera encontrar?

—No lo sé. Lo terrible es esto; le juro que no lo sé.

—¿Ha pedido ya ayuda al alguacil?

—Esta mañana he intentado hacerlo, pero el alguacil no estaba en su oficina.

—Cierto. He oído decir que había venido aquí. Seguramente lo encontraremos al regreso.

Durante unos momentos se produjo un silencio entre los dos, mientras avanzaban a través de los algodonales. Casi sin darse cuenta, Jackson se encontró mirando de reojo el hermoso busto de la joven, la línea de sus caderas. Los movimientos del caballo hacían que su cuerpo de diosa oscilara con la suavidad del de una sirena. Pero ella no le miraba y parecía no darse cuenta de aquella silenciosa contemplación.

Al fin, Jackson musitó:

—¿Sabe que más valdría dejar las cosas como están? ¿Sabe que al encontrar al asesino de Linder podría encontrarse también con su propio ataúd, muchacha?

—Correré ese riesgo.

—Es usted una chica valiente —musitó Jackson—. Valiente y bonita.

Ella le miró. En sus ojos hubo como un relampagueo.

—¿Aún intenta conquistarme, señor Jackson?

—Siempre he dicho que me parecía usted muy hermosa.

—¿Y qué ha sido de la otra mujer?

—¿Qué mujer?

—La que le vendieron. ¿No me habló de eso el primer día en que nos vimos?

—Sí —el recuerdo de Ketty pasó fugazmente por la conciencia de Jackson—. Sí, en efecto, fui en busca de esa mujer. Vive en esa casa cerca de la cual me encontró, ¿sabe?

Pero hasta ahora no he conseguido nada de ella. Lo siento.

Ella rió. Tenía una risa fuerte, sensual, incluso un poco áspera, pero llena de vida.

—¿Le ha rechazado, señor Jackson? Qué curioso… ¿Acaso no es usted todo un tipo? ¿No se ha fijado ella en que tiene usted los hombros anchos, las caderas finas y estrechas y tipo de luchador?

Si aquellas palabras halagaron por un momento a Jackson, éste no lo demostró con ningún gesto.

—Ella es ciega —se limitó a decir roncamente—. No ha podido darse cuenta de si soy guapo o no.

—Pero usted era su dueño… ¿No me dijo que la había comprado?

Ahora fue Jackson el que lanzó una áspera carcajada.

—Las cosas que uno compra no tiene por qué usarlas en el primer momento, señorita Ann.

Jackson había echado la cabeza hacia atrás, movido por el impulso de su ruda carcajada, y fue eso precisamente lo que le salvó la vida.

La bala le arrancó de lleno un ala del sombrero, y le hubiera atravesado la sien derecha de no ser por aquel movimiento inesperado que hizo al reírse. Su enemigo, sin duda ya con el dedo en el gatillo, no había tenido tiempo de rectificar.

Jackson se arrojó velocísimamente a tierra, sin tiempo siquiera para sacar, mientras una segunda bala terminaba de arrancarle el sombrero de la cabeza.

Vio moverse algo entre los algodonales, junto a unos espesos arbustos, y sacó el revólver mientras sonaba un tercer disparo. Pero esta vez la bala ni siquiera le rozó; debió ir hacia otro sitio.

Jackson dio varias vueltas sobre sí mismo mientras tiraba del revólver suavemente. Supuso que su emboscado enemigo, una vez fallada la sorpresa, trataría de huir.

No se equivocó; vio movimiento entre los arbustos y tiró hacia allí, aunque supo desde el principio que no podría acertar al primer disparo. Pero la sombra de alguien apareció ante sus ojos.

El enemigo se sabía descubierto, y ahora, en vez de huir, atacaba. Y lo hizo, además, de una forma que Jackson no se atrevía a esperar.

Vio que algo volaba hacia él, algo que despedía una leve estela de humo a través del aire.

¡Cartuchos de pólvora! ¡Varios cartuchos unidos en forma de paquete y con una mecha que estaba ya encendida!

Dio un fantástico salto, pero aún así, supo que no conseguiría esquivar la tremenda explosión. Aunque los cartuchos cayeran a unos cinco pasos, la onda expansiva le mataría seguramente.

Tendiendo el brazo, disparó una sola vez contra el paquete que se le venía encima, y lo deshizo en varios pedazos. Sólo el cartucho que sostenía la mecha quedó entero. Y la explosión dejó por un momento ciego a Jackson, pero no consiguió herirle. Solamente le chamuscó la ropa.

Viéndole en el suelo, su enemigo vino hacia él con el revólver

dispuesto.

Era un tipo bajito, sinuoso, ratonil, muy apto para esconderse entre los arbustos. Pero Jackson apenas tuvo tiempo para fijarse en eso.

Los dos dispararon a la vez, en cuestión de segundos, cuando estaban situados apenas a diez pasos de distancia. Las balas se cruzaron en el aire.

Jackson, que había disparado unas décimas de segundo antes, alcanzó a su enemigo debajo del codo derecho, entre el corazón y el hígado. La involuntaria crispación de todo el cuerpo del hombre hizo que éste disparase un poco ladeado, y la bala fue a empotrarse en el suelo, a dos pasos del cuerpo de Jackson.

Éste se puso en pie, mientras su enemigo se retorcía. Comprendió que aún tendría fuerzas para levantar el revólver otra vez, y le envió una segunda bala, arrancándole el «Colt» de la mano.

Luego corrió hacia él.

El desconocido tuvo un espasmo, mientras soltaba un chorro de sangre por la boca, y quedó espantosamente inmóvil cuando Jackson le levantaba la cabeza para ayudarle a hablar.

Era ya demasiado tarde. Aquel tipo nunca más volvería a decir nada.

Jackson, con las facciones todavía pálidas, se volvió hacia la muchacha.

Vio que ésta se encontraba en el suelo, medio caída. Se dio entonces cuenta de que su caballo había sido alcanzado, sin duda por la tercera bala, que a él le dio la sensación de que había ido muy lejos.

Ann parecía abatida, dominada por el miedo, y bruscamente cayó de rodillas junto al cadáver de su corcel. Jackson guardó el revólver y fue hacia ella, sujetándola bruscamente por los hombros y sacudiéndola para que no sufriese un ataque de nervios.

—¡Han querido matamos! —sollozó Ann—. ¡Han querido matarnos sin conocernos siquiera!

—Calma, muchacha. No te preocupes. Sólo han matado tu caballo… Reconozco que es triste, pero pudo haber resultado peor.

—¡Es que ese hombre no nos había visto nunca! ¡Han querido matarnos porque en esta tierra todos se han vuelto locos!

—Puede que tengan algún motivo, después de todo —dijo

pensativamente Jackson—. Yo no creo que la gente mate porque sí. Siempre hay una razón.

Fue hacia el hombre que yacía muerto a pocos pasos y miró su mano derecha. No tuvo la menor sorpresa al ver que le faltaba uno de los dedos.

Volvió hacia Ann. Ella le miraba, con sus grandes ojos muy abiertos.

—Es… Es lo mismo que Linder, ¿verdad?

—Sí. Éste también tiene la misma clase de mutilación.

—Es… Es horrible.

—No sé si resulta horrible o cómico, pero lo cierto es que no lo entiendo —reconoció Jackson—. De lo que sí estoy seguro es que este hombre ha querido matarnos por alguna razón muy importante. Quizá usted y yo molestamos en la ciudad de Naham.

—¿Molestar a quién?

—No lo sé. Seguramente a alguien que de vez en cuando se entretiene mirando cuadros de Satanás.

Los hermosos ojos de Ann se abrieron todavía más, dominados por el asombro.

—¿A qué te refieres? ¿Qué quieres decir?

—No tiene importancia, muchacha… No me hagas caso.

Se alejó unos pasos para cerciorarse de que su caballo no había recibido ninguna herida, y entonces, al mirar distraídamente hacia la llanura, fue cuando vio aquello. *Aquello* consistía sencillamente en un rastro dejado por muchos caballos a lo largo de los algodonales. Sólo desde aquel lugar se distinguía, porque estaba ligeramente elevado, y su caballo había ido a parar allí por pura casualidad. Avanzando por la llanura, hubiera sido imposible darse cuenta. El rastro no era demasiado claro, pero indudablemente, un grupo de jinetes había pasado por allí no mucho antes. E iba en dirección Sur.

¿Hacia la frontera de México?

Imposible saberlo.

Jackson se volvió suavemente, inmerso en sus propios pensamientos, y entonces encontró allí a la mujer.

Ella se había acercado silenciosamente, hasta casi rozarle, y sus grandes ojos estaban anegados en lágrimas.

—Jack… —dijo simplemente.

No pronunció su nombre completo. Quizá no podía.

—Han intentado matarnos —añadió roncamente, con voz tensa —. Estamos vivos por milagro… ¿No te das cuenta? ¡Sólo por milagro palpitamos sobre la tierra!

Ahora era ella la que le zarandeaba a él. Ahora era ella la que chocaba con su cuerpo, presa de la espantosa tensión de sus nervios. Y a cada movimiento su busto jadeante era como una tentación para los músculos y los deseos de Jackson.

Unos deseos que éste trató de contener.

—Deberíamos estar muertos —susurró ella, poniendo su cuerpo en tensión—. E intentarán matamos otra vez, seguro. ¡Es todo tan inexplicable, tan absurdo, que precisamente por eso hace estremecer!

Estaba pegada a él, aunque no le miraba. Cada vibración de su busto, de sus caderas, se transmitía al busto y a las caderas de Jackson como dirigido por una onda invisible.

Quizá no se habían dado cuenta ninguno de los dos, pero ahora formaban como un solo cuerpo.

Y de repente, Jackson la besó.

No supo exactamente por qué lo hizo, y quizá él mismo no se dio cuenta de la pasión salvaje que ponía en aquella caricia. Pero es que bruscamente le pareció que la mujer estaba demasiado cerca, que era demasiado bonita. Le pareció que una atmósfera febril e inexplicable, de amor y de muerte, les envolvía a los dos.

Cuando se separaron, el busto de Ann jadeaba. De sus ojos se habían borrado las lágrimas.

—Eres… Eres…

—Un loco, ya lo sé —musitó Jackson—. Nunca debí haberte besado de ese modo.

—Iba a casarme con otro hombre…

—Lo sé. Perdona.

—No vuelvas a intentarlo, Jackson.

—Ni tú vuelvas a confiar tanto en un granuja como yo. Creo que te has acercado demasiado a mí, pequeña.

Ella apretó los labios, mientras sus ojos se oscurecían.

Pareció pensar que él tenía razón, que ella era en realidad una muchacha demasiado explosiva para dejar indiferente a un hombre. Se encogió de hombros.

—Tendrás que llevarme en tu caballo —se limitó a decir al fin.

Él, sin decir una sola palabra, la tomó en sus brazos y la ayudó a montar. Luego montó él y se dirigieron a poca velocidad hacia la ciudad de Naham.

Una vez allí, fueron rectamente hacia la oficina del alguacil.

Pero el alguacil no estaba allí. O, mejor dicho, *estaba* de un modo especial.

Porque yacía encima de su mesa, con las ropas destrozadas a causa de haber sido arrastrado durante una parte del camino. Muerto.

CAPÍTULO XVI

Su ayudante estaba allí. Hacía girar torpemente el sombrero entre las manos.

Velando el cadáver había también un par de tipos a los que no conocía Jackson.

Éste se acercó, y de una sola ojeada pudo darse cuenta de cuál había sido la causa de la muerte del alguacil. Una flecha envenenada, sin duda, y además disparada con extraordinaria habilidad. Pero resultaba muy difícil creer que aquella flecha la hubiera disparado un indio, entre otras razones, porque no había indios hostiles por aquellas tierras.

Y en cambio había blancos que sabían manejar el arco tan bien como los pieles rojas.

Jackson dirigió una sola mirada a Ann y la tomó del brazo antes de decir:

—Vamos. Esto no es nada agradable.

—Le han matado…, como pudieron habernos matado a nosotros. Esta tierra está condenada.

—Empiezo a creer lo mismo, muchacha.

Una vez en la calle, respiraron el aire tranquilo. Sin soltar el brazo de Ann, él la condujo al hotel.

—Será mejor que te quedes aquí y que no salgas en un par de días.

—¿Y tú?

—¿Es que yo te preocupo?

Ella se mordió el labio inferior.

—No te hagas ilusiones. Quizá no sea exactamente eso.

—Yo nunca me he hecho ilusiones; muñeca.

Sin esfuerzo, sujetándola por los codos, la elevó hasta el porche

y la dejó en la puerta misma del hotel. Luego dio media vuelta y se llevó la mano a la frente, ya que no tenía sombrero.

—Volveré a buscarte —prometió—. Pero no salgas mientras tanto.

Volvió la espalda.

No sabía por qué, pero tenía una extraña sensación de peligro como clavada en el fondo de sus nervios. Era igual que si una amenaza impalpable llegara a través del aire, como si una voz insidiosa le dijera lentamente que iba a morir. Jackson no podía precisar qué era aquello, pero notaba la amenaza tras cada una de las ventanas, en cada una de las esquinas de la pequeña ciudad.

Llevando la mano derecha cerca del revólver, y mirando a todas partes mientras avanzaba, llegó al porche frontero.

Fue allí donde vio el rótulo:

«Barbería Elegante, del mexicano Romualdo Flores»

El título era presuntuoso y sugestivo, de eso no cabía duda.

Y él necesitaba un buen afeitado.

De modo que entró.

El único tipo que estaba allí, afilando una navaja, debía ser el tal Romualdo. Saludó a Jackson con una sonrisa y le pidió que se sentara en uno de los sillones.

—Enseguida le sirvo, señor. ¿Pero tendrá la bondad de dejar los revólveres colgados de la percha?

—¿Por qué?

—Costumbre de la casa, señor. No quiero líos. Los revólveres son casi siempre una provocación.

Jackson se encogió de hombros y dejó su «Colt» colgado de la percha, con el cinto canana.

Romualdo. Flores le enjabonó la cara y le afeitó solícito, mientras silbaba una cancioncilla. La ciudad estaba más tranquila que nunca, y apenas nadie pasaba por aquel porche. Cerca, procedente de alguna ventana contigua, se oía la lánguida melodía de una armónica.

Romualdo preguntó:

—¿Masaje, señor?

—Bueno, no me vendrá mal. He estado viviendo como un

salvaje demasiado tiempo. Romualdo trajo un paño caliente y se lo puso a Jackson sobre la cara, antes de empezar con el masaje.

En aquel momento entraron dos hombres en la barbería.

Ninguno de los dos producía el menor ruido porque ambos iban descalzos, al haberse quitado las botas unas yardas más allá. Y el de la izquierda llevaba un revólver en la mano.

Hizo una seña silenciosa a Romualdo Flores, quien se quedó atónito, con la boca abierta.

El que no llevaba armas en las manos, tendió el brazo derecho y le arrebató suavemente la navaja.

Jackson estaba quieto, echado hacia atrás, con la cara tapada por el trapo y las manos inocentemente unidas sobre el regazo. Jamás el hombre que ahora sostenía la navaja había tenido una víctima tan fácil.

El otro quedó atrás, apuntando con el revólver, y vigilando alternativamente a Romualdo y a Jackson.

Éste suspiró:

—¿Viene ese masaje, amigo? Me estoy abrasando la cara.

El de la navaja, sosteniendo el arma mortal sólo con dos dedos, dijo en un susurro:

—Enseguida, señor.

Levantó la afilada hoja y la dejó caer.

Pero su sorpresa fue indecible al encontrarse en el camino con una mano de hierro que le sujetó la muñeca rabiosamente, deteniendo así el movimiento fatal. El individuo aulló, mientras intentaba sujetar a su víctima con la otra mano.

El sillón de la barbería dio una vuelta completa, impulsado por el pie de Jackson tras tomar éste impulso en la pared. El de la navaja salió disparado contra su compañero, al tiempo que éste apretaba el gatillo. La bala hizo añicos uno de los espejos.

El de la navaja tuvo tiempo de aullar:

—¿Pero cómo…?

Sin duda no se explicaba que su víctima hubiera podido verle, teniendo la cara tapada como la tenía. Pero su compañero, menos dispuesto a perder tiempo, volvió a apretar el gatillo.

Ahora ya Jackson gateaba por el suelo, llevando en la derecha algo que parecía muy inocente: Una brocha empapada de espuma jabonosa.

Aquella brocha, apenas un segundo después, estuvo en los ojos del tipo del revólver, quien se llevó rabiosamente una mano a la cara para sacudírsela de encima.

Cuando lo consiguió, Jackson ya se había arrojado sobre el perchero, derribándolo encima del hombre de la navaja. Éste, a quien se le había caído el arma, gateó durante unos segundos para recuperarla. Pero cuando lo consiguió, Jackson ya había recuperado su revólver.

Tiró primero contra el hombre que iba armado con un «Colt», el cual ya se había sacudido el jabón de encima. La bala le atravesó la mandíbula, siguiendo una dirección de abajo arriba, y llegó hasta el centro de su cabeza, matándolo instantáneamente. El de la navaja se lanzó en aquel momento sobre Jackson, aullando algo ininteligible.

Desde el suelo, Jackson disparó otra vez.

La bala alcanzó en el corazón a su enemigo, que quedó frenado en el aire, como si le hubiera detenido una mano invisible. Luego se derrumbó pesadamente y quedó quieto en el suelo, pero con una expresión tan tranquila que pareció como si aquella muerte fuese una pura comedia. Sin embargo, Jackson sabía que su bala había sido de las que no perdonan.

Lentamente se puso en pie. El sudor corría por sus facciones, a pesar de que la lucha apenas había durado unos segundos.

Romualdo Flores, tras hacer un enorme esfuerzo para recuperar el habla, balbució:

—¿Cómo ha podido ver?

—No he visto nada. El trapo era bastante espeso y me cubría por entero la cara.

—¿Entonces…?

—En el fondo ha sido muy sencillo —dijo Jackson—. El que tocaba la armónica muy cerca de aquí, ha dejado de hacerlo bruscamente, quizá cuando esos dos tipos han entrado descalzos en la barbería. Y apenas unos segundos después usted ha dejado de silbar la cancioncilla. Eso ha sido algo en lo que los dos granujas no han puesto atención, pero que para mí ha sonado como una campanada de alerta en el fondo de los nervios. Todo ha consistido en tener serenidad hasta que el asesino ha estado junto a mí, lo que he notado por el ritmo de su respiración. Él no se ha dado cuenta,

pero estaba tan nervioso que jadeaba como un caballo al galope.

Romualdo tragó saliva penosamente y palideció de pronto como un muerto al ver que Jackson no había guardado todavía el «Colt».

—Oiga, amigo, si piensa que yo he tenido que ver algo en esto… Yo le juro que…

—Si usted hubiese tenido que ver algo, habría hecho las cosas bastante mejor —suspiró Jackson—. Sé de sobras que eso le ha sorprendido tanto como a mí.

Y ahora, ¿qué hay de ese masaje? ¿Lo termina de una condenada vez o no?

Romualdo quedó sin respiración al ver a su cliente sentarse en el sillón como si no hubiera pasado nada.

Y cuando empezó a aplicarle el masaje, sus manos temblaban tanto que le dejó la cara deshecha.

Pero Jackson no protestó.

Palabra.

CAPÍTULO XVII

Como no había alguacil en Naham, sólo un par de curiosos se acercaron, remoloneando, para saber qué había ocurrido en la barbería.

Lejos de sorprenderse ante los cadáveres, lo que hicieron fue gastar bromas.

—¿Es que los has liquidado tú al afeitarlos, Romualdo? ¿No te han dado buena propina?

—¿Tanto has subido los precios que la gente ya muere al entrar?

—¿O es que les ha hecho una caricia la gorda de tu mujer, para que se hayan quedado tan tiesos?

Romualdo sólo pudo balbucir:

—Ha… Ha sido este señor.

Jackson, levantándose del sillón, hizo una reverencia.

—¿Alguien quiere probar, caballeros? Estoy dispuesto a repetir el número.

Aunque el grupo de curiosos había aumentado, nadie chistó. Todos empezaron a mirar con más respeto a los dos cadáveres.

Y los comentarios, ahora ya en voz baja, se fueron sucediendo, mientras Jackson pagaba a Romualdo y le daba una buena propina.

Hasta que de pronto llegó aquel hombre. Aquel tipo cubierto de polvo que acababa de desmontar de un penco medio destrozado por la larga galopada.

—Los sudistas… —jadeó.

—¿Qué sudistas? —preguntó Jackson.

—Una poderosa formación de las que huyeron a México… Han vuelto a atravesar la frontera y han liquidado a un regimiento entero de caballería que patrullaba por la línea de México. ¡La guerra ha vuelto a encenderse en el Sur!

CAPÍTULO XVIII

—¿Otra vez guerra en el Sur? —preguntó Ketty con voz suave—. ¿Qué es lo que quieres decir con esa frase?

Estaban los dos frente a frente en el inmenso salón, cerca del cuadro de Satanás, aquel cuadro cuya significación aún no había logrado explicarse. Ketty se había puesto un vestido corto, un vestido que realzaba su maravillosa silueta y la inigualable línea de sus piernas, pero Jackson no había querido fijarse en aquellos contornos ni una sola vez.

—Quiero decir que al otro lado de la frontera de México se han estado armando fuertes unidades de las tropas del Sur —explicó calmosamente—, y esas unidades han atacado ahora. No sé si eso puede significar el principio de una auténtica guerra, pues no todos los confederados que huyeron a México al firmarse la paz de Appomatox estarán dispuestos a pelear de nuevo. Pero, en todo caso, a ti la noticia debe alegrarte.

—¿Alegrarme? ¿Por qué?

—Tú eres una sudista.

—Soy una aristócrata del Sur, que no es lo mismo.

—¿Hay alguna diferencia?

Ella se mordió el labio inferior, no queriendo contestar. Cruzó las piernas, y a causa de su ceguera, no se dio cuenta de que la falda quedaba demasiado corta. Jackson tuvo que hacer un terrible esfuerzo de voluntad para no mirar la línea obsesionante de sus piernas, enfundadas en finas medias.

—De todos modos, ojalá no vuelva la guerra —musitó él—. Todo el mundo ha sufrido demasiado, aunque para algunos la guerra haya sido un beneficio. Por ejemplo, tú ya no volverás a ser la mujer orgullosa que fuiste un día. Para ti también ha sonado la

hora del dolor y la humildad, y eso es algo que conviene a todos los seres humanos al menos una vez en la vida.

Ella entrelazó los dedos sobre el regazo.

—Puede que yo haya merecido esto —reconoció—. Quizá todos los que un día dominamos esta tierra lo hayamos merecido.

—Por eso quisiera que no hubiese más guerras —musitó Jackson —. Todo el mundo ha pagado su parte, los del Norte y los del Sur. E incluso algunas mujeres, como por ejemplo tú, habéis pagado más de la cuenta.

Hizo un suave gesto y extrajo un papel del bolsillo, un papel que estaba en blanco.

—Tú no puedes verlo —dijo—, pero éste es un telegrama. Es la respuesta a otro que puse ayer.

—¿Sobre qué?

—Existe un magnífico cirujano en San Luis, a orillas del Mississippi. Un oftalmólogo que hace milagros con las personas. Le consulté si podría recibirte, y la respuesta ha sido que sí.

Ketty palideció.

—¿De veras es eso un telegrama?

—En efecto; lo es. ¿Quieres tocarlo?

Ella denegó con la cabeza.

—No es necesario, gracias.

—Tienes que animarte, Ketty. Tienes que darte cuenta de que no todo está perdido. Aún puedes volver a ver.

—¿Y eres tú el que me dice eso? ¿Tú, el hombre que más me odia en el mundo?

Jackson susurró con voz extrañamente tensa:

—El odio y el amor están muy cerca, muchacha. Espantosamente cerca. Pero yo he tenido que vivir toda una guerra para darme cuenta de esa verdad tan dulce y tan terrible.

Se puso en pie, mientras guardaba el papel en blanco, y añadió con suavidad:

—Podemos marchar cuando tú quieras. Por ejemplo, mañana. Puede decirse que yo ya he terminado mi trabajo aquí.

—¿Qué trabajo?

Él dio un par de vueltas más por la habitación, sin mirarla. Luego añadió intensamente:

—Hoy he tenido que matar a dos hombres. Uno de ellos me

amenazaba con un revólver, el otro con una navaja. El del revólver se llamaba Rody.

—¿Entonces…, ya has terminado tu venganza?

—Sólo en cierto modo —musitó Jackson—. Pero de eso ya hablaremos mañana. Ahora la noche está a punto de caer y voy a quedarme a descansar aquí.

Ella se sobresaltó. Sus manos temblaron de una forma tan visible que Jackson hubo de notarlo.

—No te quedes… —susurró.

—¿Por qué no había de quedarme?

—Ellos… Ellos vendrán —dijo respirando con angustia—. Estoy segura de que esta noche vendrán… por última vez.

CAPÍTULO XIX

Jackson extrajo calmosamente un cigarro de uno de los bolsillos de su camisa; esto parecía un gesto anormal en él, porque Ketty no recordaba que fumara.

—¿De modo que vendrán esta noche? —susurró—. ¿Y por qué supones que va a ser la última vez?

—Porque me matarán. Porque no consentiré que me toquen más. Haré que me maten.

Se oyó el sonido de los labios de Jackson al escupir tranquilamente la punta del cigarro.

—¿Fumas? —preguntó la muchacha, sorprendida ante aquel sonido.

—¿Te molesta?

—No; sólo me sorprende. No recuerdo que hubieras fumado nunca.

—En la guerra me acostumbré.

—¿Tan tranquilo estás? —preguntó Ketty.

—Al menos puedo asegurarte que no estoy nervioso.

Ella hizo un amargo mohín con los labios. Por un instante había pensado que a Jackson le dolería saber que ella iba a morir. No sabía por qué, pero eso la había llenado de esperanza durante unos segundos.

Ahora se daba cuenta de que lo máximo que haría Jackson en su honor sería fumar un cigarro ante su cadáver. Sólo eso.

—Debes irte —dijo de pronto, secamente.

—¿Por qué?

—Si ellos te encuentran, te matarán a ti también.

—Ellos son tres, ¿verdad?

—Tres.

—Espero poder encontrarles —musitó Jackson—. Nunca he matado a tres hombres en un solo desafío. Quiero saber qué sensación se tiene.

—Estás loco…

Ketty se sentó, o mejor dicho, casi se dejó caer, aplomada, en un largo diván. En estos momentos de angustia no sabía qué pensar. No sabía siquiera si Jackson era amigo o enemigo, si era un valiente o un loco.

Repitió:

—Vete. Vete cuanto antes, por Dios.

—¿Y a tu único criado, lo has despedido ya?

—Desde que *aquello* ocurrió por primera vez, le rogué que siempre durmiese fuera de la casa. No quiero que le maten a él también.

Se produjo un instante de silencio entre los dos. Ella seguía sin saber qué pensar. De una forma mecánica, sólo para descargar la tensión de sus nervios, señaló una pequeña caja de madera que estaba sobre una mesita. Ella sabía, aunque no podía verlo, que allí estaban los fósforos.

—¿No quieres encender? —preguntó.

—No. Me dejaré este cigarro para luego.

—¿Vas a llevarlo apagado en la boca?

—Pché… —hizo él.

Ketty se encogió de hombros.

—Bueno, como quieras. No te imagino con un cigarro apagado en los labios, pero al fin y al cabo es asunto tuyo.

—Además, no tiene importancia…

—No. Claro que no. ¿Para qué vamos a preocuparnos por un cigarro?

Ella apretó los labios. Se sentía muy nerviosa, terriblemente nerviosa esta noche. Cualquier sonido, cualquier rumor le parecía un peligro inminente. Oyó los pasos del hombre llegar hasta el sitio donde estaba el cuadro de Satanás. Luego, los pasos volvieron; eran iguales, medidos y sincronizados, como los movimientos de un reloj.

—Voy a irme —dijo de pronto él.

Ketty suspiró.

Irse… Eso era, desde luego, lo más sensato. Allí, Jackson no

haría más que esperar la muerte. ¿Pero por qué se sintió dolida y desengañada al oír aquella frase? ¿Por qué llegó a pensar que Jackson, después de todo, iba a defenderla?

—Espero que no nos veamos nunca más —dijo con un soplo de voz.

—Seguramente no, muchacha; nunca más.

Los pasos volvieron a oírse, esta vez marchando hacia la puerta, donde se detuvieron unos instantes. Ketty adivinó que el hombre se había vuelto hacia ella, en el umbral, y que la estaba mirando.

¿Con compasión tal vez? ¿Con amor?

Ketty no quiso pensar en eso. Se llevó las manos a los ojos para que él no la viera llorar.

Los pasos volvieron a oírse, pero ahora alejándose de nuevo. Se alejaban definitivamente.

Y unos segundos después, en torno a la muchacha, todo había quedado sumido en un espantoso silencio.

El caballo de Jackson se detuvo enfrente del *saloon* más importante de los dos que había en la ciudad de Naham. Jackson se apeó de él, llevando todavía en la boca el cigarro sin encender.

Entró y se acodó en la barra.

—*Whisky*.

El mozo, que ya conocía su fama de tirador, se acercó solícito, llevando en la derecha una botella por descorchar, a fin de que el cliente no dudase de la legitimidad de la marca. Y con la mano izquierda arrastró una pequeña cajita de madera.

Descorchó rápidamente y sirvió el *whisky*.

Luego abrió la cajita y encendió un fósforo, que acercó a la punta del cigarro de Jackson.

—Señor…

Jackson sonrió.

—No, gracias.

—¿No quiere usted fumar?

—Ahora no.

—Es que como lleva el cigarro en la boca…

—Lo encenderé luego, cuando haya bebido unos cuantos tragos. Y oye, muchacho.

—Diga, señor.

—A ti no te lo había preguntado aún. ¿Conoces en esta ciudad a

algún hombre que no use espuelas?

—Hay bastantes viejos que no las usan, señor, porque ya no montan a caballo.

—El que yo busco debe ser un hombre joven; un hombre que monta a caballo, sin duda, y que seguramente monta bien.

—Pues no conozco a nadie, señor.

—¿Hay algún zapatero aquí? Quizá él lo sepa.

—Hay uno dos esquinas más abajo, señor.

—Gracias.

Jackson pagó y salió del local.

Efectivamente, dos manzanas más allá estaba la tienda de un zapatero. Pero sobre la puerta, un rótulo anunciaba algo muy corriente en las poblaciones del Sudoeste; «Cerrado por muerte violenta del dueño».

Jackson parpadeó un momento, confundido.

Oyó entonces el ruido inconfundible causado por alguien que martilleaba lentamente una suela.

Miró a su izquierda y vio otra tienda, ésta mucho más pequeña, donde un viejo arreglaba unas botas.

Jackson entró.

—Buenas tardes.

El otro no le miró apenas.

—Buenas tardes.

—Quisiera hacerle una pregunta que quizá le parecerá extraña —musitó Jackson—, pero le recompensaré bien si me da alguna pista. ¿Qué ocurre en esa tienda?

—Si no quiere saber otra cosa, la respuesta es bien sencilla: Mataron al dueño en una riña, y hace una semana que el negocio está cerrado. ¿Tiene algo de extraño?

—No, pero lo que quisiera saber es otra cosa: ¿Ha arreglado las botas de alguien que no use espuelas?

—Aquí todo el mundo usa, amigo, menos algunas mujeres cuando se ponen traje de montar.

—Hablo de hombres.

—Entonces ya se lo he dicho; todo el mundo usa.

Jackson, viendo que ya no adelantaría nada más, puso dos dólares sobre la mesita del zapatero.

—Está usted arreglando unas botas muy pequeñas, ¿eh? —

Gruñó por decir algo.

—Sí. Las tengo hace días. Son de un fulano que tiene el pie muy diminuto.

Jackson se encogió de hombros.

—Está bien; gracias.

—Gracias a usted, aunque lo que ha hecho me parece una manera bastante idiota de gastarse dos dólares.

—¿Qué quiere que le diga? Uno es así de burro.

—¿Quiere que al menos le de fuego para el cigarro?

—No, gracias; no pienso fumarlo. Me lo voy comiendo a trozos, ¿sabe?

El zapatero dijo «¡Hum!», pero se quedó como quien ve visiones.

El hombre galopaba silenciosamente a través de la llanura, bajo el cielo estrellado, entre lo que en tiempos pasados fueron campos de algodón donde los esclavos morían cantando.

El hombre llevaba en la boca un cigarro sin encender, y en la funda un «Colt» cargado con seis balas. Llevaba también un terrible deseo de matar clavado en el alma.

Sabía que Ketty estaba en peligro; sabía que ella había dicho la verdad y que los tres hombres volverían aquella noche.

Precisamente al llegar a Naham había querido buscarlos. Había querido matarlos allí, bien lejos de la muchacha. Pero ya no era posible. Tendría que encontrarlos en la casa, y lo que sucediese allí tal vez costaría la vida a Ketty.

Jackson se mordió rabiosamente el labio inferior.

¿Por qué hacía aquello? ¿Por qué arriesgaba su vida por una mujer a la que había jurado odiar? ¿Es que acaso se estaba enamorando de ella?

Jackson prefirió no pensarlo.

Pero la idea estaba allí, clavada en su cerebro. Él estaba obrando como si no pudiera vivir sin Ketty. Incluso había mentido, hablándole como si hubiera recibido un telegrama de un famoso cirujano de San Luis —el cual existía realmente—, sólo para que Ketty estuviese animada.

Maquinalmente, Jackson palpó el revólver que llevaba en su funda derecha. Y maquinalmente también, masticó el cigarro, el cual seguía sin encender aún.

Ante la mansión de Ketty descabalgó, dejando al caballo libre

para que paciese a su gusto entre la hierba. Luego entró en el vestíbulo y pasó al salón, donde se veía el resplandor de un quinqué de petróleo.

Seguramente Ketty estaba allí.

Pero Jackson no pasó del umbral. Se detuvo indeciso al no ver a la muchacha; y además hubo algo que llamó su atención inmediatamente, haciéndole sufrir una crispación, como si acabara de recibir de lleno una descarga eléctrica.

No era que en el salón hubiese algo, sino que *faltaba* algo.

Faltaba el cuadro de Satanás. Aquel cuadro siniestro había sido arrancado de su sitio.

CAPÍTULO XX

La voz preguntó a sus espaldas:

—¿Sorprendido, compañero?

Jackson se volvió lentamente. Sabía que aquello iba a ocurrir, sabía que la casa era para él una inmensa trampa. Pero sus labios no temblaron cuando, al girar poco a poco, descubrió en la puerta a los tres hombres.

Los tres le estaban apuntando con sus revólveres. Eran dos muy altos y uno bastante bajito. Vestían ropas vaqueras, aunque elegantes, y no usaban sombreros.

Los tres tenían las bocas torcidas en una mueca de placer, de satisfacción, de gozo demoníaco.

Los tres. Los tres eran canalla, sucia y repugnante canalla.

Tipos capaces de ultrajar a una ciega.

Los ojos helados de Jackson fueron lentamente de los pies de uno a los pies de otro, deteniéndose en las espuelas. Dos de ellos llevaban, pero el más bajito, no. El más bajito tenía unos pies muy pequeños, casi femeninos, y sus botas eran demasiado adornadas. Ése era el que no llevaba espuelas.

Jackson supo que se encontraba ante los tres tipos que había estado buscando; ya no cabían dudas. Aquéllos eran los hombres a los que él ansiaba matar.

Sólo que la situación no se presentaba favorable, precisamente; ellos iban a ser los que le rellenarían el cuerpo de plomo.

—¿Qué habéis hecho de Ketty? —masculló.

—De Ketty nos ocuparemos después.

—¿Después de qué?

—De que hayamos terminado contigo.

—¿No corréis demasiado? ¿No puedo preguntar al menos qué

infiernos hay detrás de todo esto? A los tres os falta un dedo en la mano derecha. ¿Por qué?

El bajito, que parecía el más odioso, dijo entre dientes:

—Preguntas demasiado, hermano. Ya te contestaremos en el otro mundo.

Hizo una mueca, sin esperar más, y su índice empezó a cerrarse sobre el gatillo.

Los otros le imitaron. Las bocas de fuego apuntaban al centro de la cabeza de Jackson.

CAPÍTULO XXI

Éste no se inmutó. En sus ojos no hubo ni siquiera un leve parpadeo, como si aquellos revólveres no le estuviesen apuntando a él.

Preguntó sencillamente:

—¿Es que vais a apiolarme, amigos?

El bajito sonrió torcidamente.

—¿Tú qué crees, palomo?

—A lo mejor, sí.

—Pues claro que sí… —el bajito lanzó una ronca carcajada—. ¿Dónde quieres que te aticemos? ¿En la cabeza, para que no te des cuenta de nada? ¿O en el estómago, para que sufras un poco?

Jackson gruñó:

—Quiero que me hagáis un favor.

—¿Encima pides eso? ¿No se te ocurrirá que dejemos a la chica, verdad? Porque de ella nos ocuparemos más adelante.

—No pensaba en la chica ahora.

—¿No? ¿Pues, en qué pensabas?

—En este cigarro.

Todos se quedaron mirando, como quien ve visiones el soberbio habano que Jackson todavía llevaba en la boca.

El bajito masculló:

—¿Qué se te ocurre hacer con él?

—Lo llevo hace mucho tiempo en la boca y todavía no he tenido ocasión de encenderlo. Me gustaría que, antes de liquidarme, me dejaseis al menos darle una chupada.

—¿Sólo es eso?

—Sólo.

El bajito gruñó:

—Desabróchate el cinto.

—No dispararéis mientras tanto, ¿verdad?

—Seguro que no, pichón. Será más divertido luego. Nos hará mucha gracia ver a un tío con la cabeza abierta y con un cigarro en la boca.

Jackson se desciñó el cinturón. Éste y el revólver cayeron pesadamente a tierra.

Luego llevó dos dedos hacia uno de los bolsillos de su camisa.

—¿Puedo sacar un fósforo?

Notaba los revólveres de los tres hombres apuntándole directamente a la cabeza, las manos tensas, los ojos taladrando el aire.

Supo que iban a disparar.

¿Y luego?

¿Qué ocurriría luego a Ketty? ¿Qué sería de su pobre cuerpo entre las manos de los tres granujas?

—Sólo con dos dedos —dijo el de la izquierda—. Saca el fósforo sólo con dos dedos, y cuidadito con lo que haces.

Jackson obedeció.

Rascó la cabeza del fósforo contra su cara, encendiéndolo inmediatamente.

Aplicó la llamita a la punta del cigarro y aspiró *ah* visible placer, aspirando el humo.

Las manos que empuñaban los revólveres se alzaron un poco más.

Jackson hizo de pronto una mueca de fastidio.

—Este cigarro no tira bien. ¡Al diablo con él! Ya podéis hacer lo que os de la gana, muchachos.

Y lo arrojó a los pies de los tres hombres, dejándose caer velocísimamente a tierra, mientras el cigarro surcaba los aires y los tres forajidos hacían fuego a la vez.

Jackson sabía que podía esquivar la primera andanada si se movía con la suficiente rapidez, pero que jamás podría esquivar la segunda, estando en el suelo y con tres hombres junto a él.

El bajito lanzó una imprecación, al ver que habían fallado la primera tanda de disparos.

—¡Maldito…!

Los tres revólveres bajaron a la vez, pero en aquel mismo

instante, el cigarro hizo explosión.

Demasiado tarde comprendieron los tres hombres que se trataba de un cartucho. Demasiado tarde comprendieron que Jackson había calculado hasta el límite el tiempo de su explosión.

La detonación no fue demasiado fuerte, porque por fuerza había de tratarse de un cartucho pequeño, pero bastó para que el pequeño saltara hacia atrás y para que los otros dos se llevaran durante un segundo las manos a los ojos.

Jackson, tumbado en el suelo, tendió la mano hacia el revólver y disparó tres veces a través de la funda.

Los tres forajidos se contorsionaron al mismo tiempo, como si hubieran sido alcanzados por la misma bala. Uno cayó hacia adelante, mientras disparaba inútilmente al suelo clavando las balas en el entarimado. Los otros dos no pudieron ni hacer eso.

Jackson dio dos vueltas sobre sí mismo, para esquivar las balas que pudiera enviarle alguno de ellos en los espasmos de la agonía, pero fue una precaución inútil. Cuando alzó la cabeza, apenas un par de segundos después, los tres hombres ya estaban muertos. Todos tenían el mismo orificio redondo en mitad de la cabeza.

Jackson se puso en pie, mientras la penumbrosa habitación parecía llenarse con el humo. Y fue a través de la pólvora como la vio a ella. Fue a través de aquel humo espeso como Ketty apareció, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, la expresión ansiosa, sin fuerzas para decir una palabra.

Jackson musitó fríamente:

—Los he matado, Ketty.

—Tú… ¿Cómo has podido?

—Un poco de rapidez y una pequeña trampa. Pero ahora ya no volverán a molestarte, muchacha. —De pronto sus facciones se crisparon levemente y añadió—: ¿Te habían… tocado?

—No. Esperaban… matarte a ti. Yo no sabía qué hacer para evitarlo. ¡Te juro que no sabía qué hacer!

Jackson susurró:

¿De veras te hubiese importado algo?

Vio cómo ella se sonrojaba, pero antes de que pudiera decir una sola palabra, preguntó rudamente:

—¿Por qué se han llevado el cuadro de Satán?

—Porque todo ha terminado.

—¿Qué es lo que ha terminado, Ketty?

Ella se dejó caer sin fuerzas en uno de los divanes, mientras hundía el rostro entre las manos. Así, quietamente, dominando los sollozos, habló:

—Tenías que saberlo de todos modos, Jackson. Mejor es que te lo diga yo, antes de que las cosas aún se hagan más amargas… Mi padre forma parte de un grupo, o más bien de una organización secreta, que envía armas a México para los sudistas que se están reagrupando allí. Eso no se hace gratuitamente, claro está, sino que las armas son pagadas por los sudistas a peso de oro.

—Comprendo.

—Debido a ello, la guerra ha vuelto a encenderse en algunas comarcas del Sur.

—Pero cuando el contrabando de armas cese, cesará todo —dijo Jackson con un soplo de voz—. ¿Y cómo se reconocían los miembros de esa organización, si tan secreta era?

—Todos se habían mutilado un dedo de la mano derecha. Para el jefe, ésa era la garantía de que seguirían a su lado hasta el fin. Después de eso, ya no dejarían la organización hasta cobrar su dinero. Nadie se mutila para luego abandonar bonitamente el trabajo.

—¿Y aquel cuadro? Me refiero al cuadro del diablo.

—Fue el que dio la idea a mi padre. El cuadro había estado años y años olvidado en un desván, hasta que los miembros de la organización lo colocaron ahí por orden de mi padre. Mientras estuviera en ese sitio, ello significaba que aún habían de ser pasados nuevos cargamentos de armas. El retirarlo quería decir que el trabajo había concluido y que todos podían reunirse en el lugar acordado para repartir los beneficios.

—¿Quién lo ha retirado?

—Esos tres hombres. Ellos sabían que el trabajo estaba concluido.

—¿Por tanto, esta casa era, por decirlo así, el punto de reunión general?

—Sí.

—¿Tú lo sabías? ¿Tú sabías que esos tres hombres debían venir regularmente aquí? ¿Habían estado a veces bajo tu misma ventana, sin que tú les dijeras una palabra?

—Sí.

—¿Por qué?

—Eran enviados de mi padre. Yo no los aceptaba ni rechazaba; me limitaba a ignorarlos.

—A pesar de lo cual, ellos se aprovecharon de una mujer ciega…

Notó un estremecimiento en el cuerpo de la mujer; toda la hermosa figura de Ketty se convulsionó como si hubiera recibido un latigazo.

—Sí —repitió sordamente, como si la palabra le fuera arrancada con tenazas de su propia garganta—. Sí…

—¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¿No has pensado que si ellos se atrevieron a eso es porque tu padre ya está muerto?

Nuevamente el espasmo recorrió el hermoso cuerpo de la mujer.

—Lo he pensado mil veces —susurró—. Es una idea que me ha atormentado durante noches enteras.

—Tu padre yace olvidado en cualquier sepultura —susurró Jackson, aun a sabiendas de que hería a la mujer—. Es una idea amarga, pero más vale que te acostumbres a ella. Él me envió aquí con una promesa falsa porque supo que yo aquí moriría, y así se libraba de un enemigo molesto. No le importó venderte, porque supo que no llegaría a tocarte un pelo de la ropa. Pero ahora tu padre ya no existe; lo único que puedes hacer por él es perdonarle.

—Le he perdonado ya.

—No era tan tonto como a mí me pareció en el primer momento, pero hubo alguien más listo que él.

—¿Quién?

—El que mató al alguacil, cuando se dio cuenta de que estaba haciendo demasiadas investigaciones. El que me preparó a mí una trampa mortal y la puso en práctica justamente cuando yo, desde una pequeña colina, estaba viendo las huellas que habían dejado en el campo los caballos de los contrabandistas de armas. La misma persona que… De pronto Jackson se interrumpió e hizo una pregunta:

—¿Tu padre era el jefe?

—Creo… que debía serlo.

Ketty se había puesto en pie y de pronto empezó a pasear nerviosamente. Tropezó con uno de los revólveres que los forajidos habían dejado caer al ser atravesados por las balas, y se quedó

quieta, como petrificada por el horror.

—Esos cadáveres están ahí, supongo…

—Sí, pero no pienses en ellos. Tú crees que tu padre era el jefe de la organización, ¿no es así?

—Tengo motivos para creer que, en efecto, lo era.

—¿Y sabes el nombre de su lugarteniente, es decir, del que había de sustituirle en caso de que él faltara?

—Sí.

Jackson pronunció el nombre.

—Se llamaba Linder, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he supuesto desde el primer instante.

—¿Por qué?

Jackson contestó con otra pregunta:

—¿Sabes tú quién sería el jefe cuando muriese Linder?

—No.

—¿De veras?

El cuerpo de la mujer, quieto junto al revólver, se estremeció nuevamente.

—No, no lo sé.

—Supongo que el jefe había de llevarse la cantidad más hermosa en el reparto, ¿verdad?

—Era natural.

¿Alcanzaba a mucho el valor de las armas?

—Un cuarto de millón.

Jackson lanzó un silbido.

—Después de los hombres que han muerto, y que por tanto no entrarán en el reparto, el jefe se queda con una cantidad más que respetable. Vale la pena matar por eso, ¿no?

Ketty se estremeció nuevamente.

—¿Y a mí por qué me lo preguntas?

—Porque ya sé quién es el jefe. Ya sé quién mató a tu padre y luego a Linder.

—¿Quién?

La voz de Ketty palpitaba, temblaba. Se había vuelto espantosamente ronca.

—Voy a decir su nombre —musitó Jackson, mirándola con una obsesionante fijeza. Y en aquel momento una voz murmuró a su

espalda:

—No te preocupes. Te lo diré yo misma.

Jackson se volvió. Había reconocido aquella voz. Dijo simplemente, con las facciones inconmovibles:

—Sabía que eras tú, Ann.

CAPÍTULO XXII

Ann iba vestida de amazona, igual que cuando Jackson la vio por primera vez. Llevaba un «Colt» en la mano derecha y estaba de pie en el alféizar de las abiertas ventanas que daban a la planta baja. Saltó ágilmente, sin dejar de apuntar a Jackson.

—¿Por qué sabías que era yo, Jackson? —preguntó con voz extrañamente intensa.

—Por varias razones. La primera, que fuiste tú la que me llevó al lugar donde me tenían tendida la trampa, y sólo cuando el agresor se vio perdido, procuró desorientarme hiriendo a tu caballo, para fingir que iba también contra ti.

—Muy listo. Eres deliciosamente listo, Jackson —dijo ella con sorna—. ¿Y qué más?

—El segundo detalle fueron las botas.

—¿Qué botas?

—Tú no usas espuelas. Uno de esos tres granujas muertos —los señaló con el mentón— tiene los pies demasiado pequeños, unos verdaderos pies de mujer. Al estropeársele las botas quiso comprarse otras nuevas, pero se encontró con la desagradable sorpresa de que la tienda estaba cerrada, por haber sido asesinado el dueño poco antes. Entonces las dio a arreglar, pero mientras tanto, tú le prestaste unas tuyas, y él no pudo colocarse espuelas porque las tenía demasiado grandes. Sólo siendo tú muy amiga de ese granuja podías prestarle tus botas.

Ella palideció levemente, mientras se mordía el labio inferior.

—Sigues siendo muy listo, Jackson. ¿Hay algo más?

—Tú fuiste la que tuvo más facilidades para matar impunemente a un pájaro de cuenta como era Linder. Él confiaba en ti, desde luego. Una vez hecho lo que tenías que hacer, fingiste entrar en la

ciudad como una recién llegada, y hasta hiciste tu papelito emocionándote ante el cadáver. Desde luego, ninguno de los miembros de la organización, ni siquiera Linder, sabía quién eras realmente.

Ann sonrió suavemente, mientras se acercaba a él con los sinuosos movimientos de una gata.

Todo en ella había cambiado, desde los ojos que parecían haberse vuelto metálicos hasta la sonrisa que se le había helado en la cara. Y nada en ella temblaba; ni los labios, ni los párpados ni el pesado revólver que sostenía sin vacilaciones en la diestra.

—Muy bien, Jackson —susurró—. Eres muy listo, pero no va a servirte de nada. Un cuarto de millón de dólares ya ha sido girado al Banco de Omaha y yo sola iré a recogerlo. No me importa que la rebelión termine por falta de armas a partir de ahora; yo ya he hecho mi negocio y tampoco me conviene arriesgarme más. Tú eres el único obstáculo que me queda en mi camino… por ahora.

—Puedes disparar, muchacha. Lo único que te pido es que para hacerlo no pongas esa mueca odiosa.

Ella musitó, mientras alzaba el revólver un poco más aún, mirándole con fijeza obsesionante:

—Si sabías que era yo, ¿por qué te has dejado sorprender? ¿Por qué no me has tendido una trampa?

—En primer lugar, no sospechaba que estuvieras tan cerca —reconoció él—, y en segundo lugar, yo no mato a las mujeres. Nada puedo contra ti. No lograría matarte aunque tuviese un revólver en la derecha.

Ella le dedicó una sonrisa crispada, su última sonrisa.

—Lo siento por ti, Jackson. En el mundo ya no hay lugar para los caballeros.

Fue a disparar, mientras sonreía con una mueca torcida, áspera, y en ese momento la detonación hizo temblar la casa.

Primero Ann lanzó un grito de asombro, al marcarse aquella línea roja de su sien; luego soltó el revólver; por fin, ante el asombro del mismo Jackson, cayó de rodillas mientras miraba a Ketty con los ojos espantosamente abiertos.

Ketty dejó caer el revólver que, cuando nadie se fijaba en ella, había recogido. El revólver de uno de los muertos, el mismo con el que poco antes habían tropezado sus pies.

Me he guiado por la voz… —sollozó—. He sabido que ella iba a matarte y… Pero nunca más podré tocar un revólver… ¡Nunca!

Fue a caer a tierra sin fuerzas. Jackson la recogió en el último instante, evitando que se desplomase sobre el entarimado.

Sin detenerse, sin pensar en nada más, la sacó de allí. En la habitación, siniestramente iluminada por el quinqué, quedaron cuatro cadáveres. Y el cuadro de Satán quedó al fondo, entre las sombras, casi invisible, como un testigo macabro.

Sólo cuando estuvieron a lomos del caballo ella recobró el sentido.

—¿Adónde me llevas?

—Primero a Omaha, para que el Gobierno recupere un dinero que es suyo.

—¿Y luego?

—A San Luis. Tienes que recuperar la vista.

—¿No me engañaste… con lo de aquel cirujano?

—¡Oh, no! Es verdad.

«Lo único que resultó mentira fue lo del telegrama…», pensó Jackson. Y aprovechando que ella no podía verle, extrajo el papel y lo arrojó sobre la llanura. No era cuestión de dejar pruebas comprometedoras para cuando ella recobrase la vista.

Luego el caballo dio un traspiés. La muchacha, que estaba cruzada sobre la silla, alzó la cabeza mecánicamente.

Sus labios se encontraron.

Y Jackson prometió, pensando en el caballo:

«Mañana doble ración de grano, muchacho…»

FIN